

## LAS ALEMANIAS DE LOS INGLESES

---

Dra. Gema Martínez de Espronceda Sazatornil  
Prof. Tit. Dpto. Historia Moderna y Contemporánea  
Universidad de Zaragoza. 1996

«I wish the country would remember that there are two Germanys, and not one. We are fighting the Junkers and the Hohenzollern... But there is another Germany—a lovable, peaceful Germany—» Wedgwood, el 6.8.1914 en los Comunes.

En la clásica «Introducción» de 1967 Duroselle designa como «ambiente» la «concepción subjetiva de la opinión» que tienen los gobernantes y a la que apelan en ciertas ocasiones para justificar sus puntos de vista, y pone como ejemplo la discusión entre Lloyd George y Clemenceau a propósito del tratamiento a dar a la vencida Alemania en 1919. Duroselle concluye diciendo que no siempre sabemos si las alusiones de los políticos a los sentimientos imperantes «son sinceras o sólo tienen por objeto reforzar su argumentación». Sin embargo, si seguimos el razonamiento del político francés nos damos cuenta de que no sólo se refiere a los sentimientos dominantes en su país respecto a Alemania: «en Francia creemos que hay que ser más duros», sino que también se jacta, pensando indudablemente en los ingleses, de que «nosotros conocemos a los alemanes mejor que nadie»<sup>1</sup>. Hoy diríamos que Clemenceau, y genéricamente los franceses, tenían una «imagen» de Alemania muy distinta a la imagen de Alemania de los ingleses, y en gran medida una imagen que estaba todavía lastrada por la persistencia de estereotipos datando muchos de ellos de 1870<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> P. RENOUVIN; J.B. DUROSELLE. *Introducción a la política Internacional*, Madrid, 1968, pp. 415-418.

<sup>2</sup> Por estos años el historiador británico Temperley decía que para Clemenceau «la historia comenzaba en 1870» (ver nota 99), mientras que la prensa francesa insistía en el carácter alemán como explicación última de una actitud que no habría cambiado: «el espíritu del

Este contraste entre la imagen de Alemania de los ingleses en aquellos años, más receptiva y adecuada a la realidad, y la más estereotipada de los franceses, es un buen ejemplo de la necesidad de distinguir entre imágenes y estereotipos en el campo de las relaciones internacionales. La cuestión tiene importancia, tanto a la hora de comprender los movimientos de opinión como el comportamiento y reacciones de los actores políticos<sup>3</sup>.

En todo caso no es nuestra intención la de abordar tal cuestión ahora, sino la de limitarnos a la modesta labor de inventariar las «Alemanias de los ingleses», un plural que sobre todo evoca la sucesión de las imágenes dominantes en la opinión inglesa en cada momento de la época que estudiamos, prescindiendo de las demás, las no dominantes, ya que el estudio de todas ellas habría necesitado un tratamiento monográfico fuera de lugar en un artículo como el presente<sup>4</sup>.

Por otro lado, la importancia que damos a imágenes y estereotipos no supone en ningún caso que les concedamos la autonomía discursiva que ciertos autores les otorgan, hasta el punto de citar a Saussure en apoyo de la tesis de que las características de una imagen se fundamentan primariamente en el juego de las diferencias, y no en su relación con la realidad concluyendo, esta vez con Foucault, que son «objetos discursivos», «productores de realidad»<sup>5</sup>. El juego «entre la realidad de la representación y la representación de la realidad» no significa que las imágenes deban ser estudiadas sin considerar la adecuación a su referente real, aun a riesgo de que esto sea juzgado una «imperdonable ingenuidad positivista»<sup>6</sup>.

Por último, es muy probable que hasta finales del siglo XVIII, cuando los pueblos no se consideraban sujetos políticos sino más bien

---

mundo, decía *Le Temps* a comienzos de aquel año, puede haber cambiado, el de Alemania no, sigue siendo el de orgullo, conquista y megalomanía», en Pierre Miquel, *La paix de Versailles et l'opinion publique française*, Paris, 1972, pp. 236-237.

<sup>3</sup> Gema MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, «Imaginación y relaciones Internacionales», *Hispania*, 1996, octubre-noviembre.

<sup>4</sup> En mi Tesis doctoral, *Opinión Pública y relaciones Internacionales: La percepción de la política de «appeasement»*, Zaragoza, 1993, 2 v., he tratado este tema en el marco de la percepción inglesa de la política del «appeasement», estudiando la génesis, difusión y funciones de las distintas imágenes de Alemania existentes en los distintos medios sociales y políticos en la Inglaterra de la época de entreguerras.

<sup>5</sup> Por ejemplo tal como hace J. Link, en la introducción a la edición de *Nationale Mythen und Symbole in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts*, Stuttgart, 1991, p. 7-15.

<sup>6</sup> La primera cita de P. BOURDIEU, *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (1979), Madrid, 1988, p. 494; la segunda de Ginzburg, cuando condena el escepticismo al uso diciendo, además, que «el análisis de las representaciones no puede prescindir del principio de la realidad», en el *Juez y el historiador* (1991), Madrid, 1993, pp. 22-23.

instrumentos pasivos de sus soberanos<sup>7</sup>, en las relaciones internacionales los estereotipos hayan obedecido sobre todo a lo que se llama «percepción etnocéntrica», donde la imagen del otro (xenotipo) es el negativo de la imagen propia, pero no creemos que esta dimensión sea la dominante en la construcción de las imágenes e incluso de los estereotipos en el ámbito europeo a partir del comienzo de la Edad Contemporánea, a no ser a raíz de crisis de identidad nacional tras una derrota, como es el caso francés<sup>8</sup>.

Es significativo que el único período en que lo alemán se contempla esencialmente como contraposición a lo inglés sea el posterior a las guerras napoleónicas, es decir unos años en que los únicos actores políticos alemanes a los ojos de los ingleses son los príncipes soberanos y no la nación. Posteriormente, la imagen de Alemania, sin perder rasgos definidos por la oposición, se integra en una percepción más compleja y que no puede reducirse a ser mera función de la afirmación identitaria inglesa. Y por aquel período vamos a comenzar.

A la conclusión de las guerras napoleónicas, Inglaterra era la única gran potencia con ideas claras sobre el futuro orden europeo. Efectivamente, el viejo mundo se había hundido en 1789, después en 1802-1803 había fracasado un sistema bipolar basado en el poderío marítimo inglés y el terrestre francés. A ojos de los ingleses la futura solución solo podía consistir en un sistema de equilibrio multipolar que garantizase la paz, evitando una potencial hegemonía continental de los rusos. En este sentido Inglaterra concibió a Alemania, al Deutsches Bund de 1815, como un factor estabilizador frente a un revanchismo francés o a un expansionismo ruso<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Las características nacionales del siglo XVIII, dice Jeisman, en general poseían una escasa dimensión política, en «Was bedeuten Stereotypen für nationale Identität und politischen Handeln?», en *Nationalen Mythen...* o. cit., pp. 84-93, 86.

<sup>8</sup> Es evidente que la función de la imagen del otro como medio de afirmación del yo (nacional) no deja de ejercer siempre cierta influencia en la selección de los rasgos, pero esta función no puede primarse hasta el punto de formalizar la percepción del otro en parejas de antinomias en constante proceso de «recycling» y a través de fases de «floating» semánticos autorregulados, expresiones todas de Link, en o. cit., ver también G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Hispania*, art. cit. Como ejemplo de crisis de identidad a partir de una oposición, el trabajo de Ouriel Resef, *Guerre, mythes et caricature. Au berceau d'une mentalité française*, Paris, 1984, centrado en la confrontación franco-germana de 1870-1871.

<sup>9</sup> C. HOLBRAAD, *The Concert of Europe*, London, 1970, pp. 117 ss.; Wolf D. GRÜNER, *Die deutsche Frage. Ein Problem der europäischen Geschichte seit 1800*, München, 1985. La opinión pública inglesa percibió muy pronto la oposición planetaria entre la gran potencia marítima que era Gran Bretaña y el coloso terrestre que parecía ser el imperio de los zares, circunstancia que explica la «rusofobia» que terminará alimentando el imaginario de la guerra

Así se explica la desaparición de las reservas frente al estado militarista prusiano, reservas que todavía albergaba por ejemplo Canning en 1807, cuando escribía que «Prussia a Power essentially military, and depending for it's greatness as a Monarchy of the first order, less upon the good government of its People, than upon the extent of it's army»<sup>10</sup>. De esta manera, en el período que va desde las guerras napoleónicas a la «Reichsgründung» puede afirmarse que la imagen de Alemania se benefició del papel que le otorgaban tanto tories como whigs en un equilibrio continental atento, al potencial revisionismo de los franceses. Sin embargo, la imagen de Prusia no deja de ser afectada ocasionalmente por el uso que la política interior inglesa hizo de conceptos como el «despotismo continental», que incluía también a Alemania, especialmente a raíz de la «Peterloo Massacre» de 1810, que fue «associated with the contemporary repressive policies of the Holy Alliance of the Continent»<sup>11</sup>. Es de suponer que esta circunstancia contribuyó a que se mantuviese la ambivalencia característica de la imagen de Prusia en la opinión pública inglesa y especialmente entre las élites dirigentes, que admiraban su administración y sus instituciones culturales, a la par que condenaban su militarismo y su régimen de gobierno<sup>12</sup>.

Si descendemos de la alta política al terreno de los estereotipos nacionales vigentes en la primera mitad del siglo, el conjunto es muy variado, «lo alemán» todavía no es categoría política y su caracterización, en gran medida por oposición a lo inglés, dista mucho de ser siempre negativa. El telón de fondo de los «Icon Animorum» del seiscientos, centrado por lo que hace a los alemanes, entre otras cosas, en el «furore teutonicus» que había acreditado Lucano en su *Farsalia* para cimbrios y teutones, había comenzado a desvanecerse sobre todo a partir de la literatura de viajes de fines del XVIII<sup>13</sup>.

---

de Crimea, y contrapesará como veremos los recelos que podría suscitar un auge alemán, c.f. H.J. Krauthelm, *Oeffentliche Meinung und Imperiale Politik. Das britische Russlandbild 1815-1854*, Berlin, 1977.

<sup>10</sup> En *Foundations of British Foreign Policy 1792-1902*, ed. por H.W.V. Temperley, London, 1966, p. 25-26.

<sup>11</sup> D. READ, *Peterloo. The Massacre and its Background*, Manchester, 1958, p. 207.

<sup>12</sup> G. Hollenberg ha mostrado la persistencia en ciertos círculos de «germanofilia» dentro de los límites indicados hasta vísperas de la Guerra Europea, en *Englisches Interesse am Kaiserreich. Die Attraktivität Deutschlands für konservative und liberale Kreise in Grossbritannien 1860-1914*, Wiesbaden, 1974.

<sup>13</sup> El «furious Teutonian» casi desaparece durante el siglo diecinueve, aunque para ser reemplazado por peores estereotipos en el nuestro. Pero, todavía en 1964 John Mander hablará del Tercer Reich como «the furore teutonicus of thirty years back», en «After the Apocalypse»,

Así después de quejarse del atraso y la rusticidad germanas, los viajeros ingleses que recorrían la Renania en «The Grand Tour», mostraban un pueblo sentimental e individualista, incapaz, juzgaban, de adaptarse a la disciplina y al ritmo del mundo fabril que estaba naciendo a finales del siglo XVIII<sup>14</sup>. El romanticismo y la influencia de Rousseau transfiguraron literariamente todas estas características en los personajes caballerescos de Walter Scott y su escuela, mientras que en la «Gothic novel» lo alemán personificaba rasgos faústicos y demoníacos que arrancan del Frankenstein de Mary Shelley<sup>15</sup>.

Por otra parte, de los estereotipos más definitivos en la primera mitad de siglo y después, hay uno, ya antiguo, que se debilitará hasta resurgir pujante tras 1870, y otro que se desarrollará precisamente durante aquellos años y se mantendrá con funciones varias en la imagen que los ingleses se hacen de los alemanes. Con lo primero nos referimos al del alemán como militar, estereotipo que, a pesar de conservar su ambivalencia tratándose del régimen prusiano, se ofrece multitud de veces con perfiles hasta amables en la literatura de viajes de la primera mitad del siglo XIX, como en el *Up the Rhine* de Thomas Hood en 1840<sup>16</sup>. Para comprender las características del otro estereotipo, el del profesor alemán, hay que partir de la visión de Alemania que proporcionó la obra de Madame de Staël, como el país patria de la filosofía idealista, como «la nation métaphysique par excellence»<sup>17</sup>. *De l'Allemagne* fue traducida al inglés en 1831 y a partir de entonces el interés por esta otra Alemania no dejó de aumentar<sup>18</sup>.

---

Encounter 22, 1964, n.º 27, p. 29. Ver por lo que hace a la persistencia de los viejos estereotipos nacionales y al papel después de los viajes. G. MARTINEZ DE ESPRONCEDA, «Imaginación y Relaciones Internacionales», *Hispania*, art. cit.

<sup>14</sup> Ilse LANGENAUER, *Das Deutschlandbild der englischens Aufklärung in Reisebericht und Roman*, tesis doctoral. Heidelberg, 1954.

<sup>15</sup> F. SCHULTZ, *Der deutsche in der englischen Literatur von Beginn des Romantik bis zum Ausbruch des Weltkrieges*. Wiesbaden, 1973 (reimp. de Halle), 1939, p. 50 ss.

<sup>16</sup> Th. HOODS, *The Works (1882-1884)*, reprint Hildesheim, New York, 1970, t. VIII, pp. 137 y 254-5. En el *Sartor Resartus* de Carlyle el militar aparece en la figura idílica del sargento de granaderos Andreas Futteral, retirado como maestro, cultivando su jardín, leyendo y fumando en pipa... (London, s.a., p. 61).

<sup>17</sup> Germaine de STAEL, *De l'Allemagne*. Paris, 1968, 2 v., t. II, p. 141: mientras que Prusia ofrece la doble imagen que percibirán después muchos ingleses, «comme celle de Janus: l'une militaire, et l'autre philosophe», en los alemanes como pueblo no existe apenas «l'esprit militaire», en t. I, p. 130 y t. II, p. 177.

<sup>18</sup> Enma G. JAECK, *Madame de Staël and the Spread of German Literature*. New York, 1915, p. 105 ss.

Sin embargo, las connotaciones no siempre eran positivas, ya que a menudo se contraponía la tendencia a la abstracción y la lejanía del mundo que serían típicas de los alemanes, con el sano empirismo anglosajón. El estereotipo de profesor alemán, con su abstrusa erudición y su falta de mundo, es seguramente tributario de esa concepción de Alemania como país de filósofos. Si a esto añadimos las posteriores experiencias de algunos ingleses que visitan las universidades alemanas, entonces se explica, por ejemplo, una figura como la del profesor Diógenes Teufelsdröckh entregado a la redacción de grandes obras metafísicas en una oscura universidad en la novela de Thomas Carlyle, *Sartor Resartus* escrita entre 1833 y 1834<sup>19</sup>. El estereotipo profesoral oscilará en la literatura y en la publicística entre la sátira amable y la crítica despectiva hasta que su función en la imagen de Alemania se complique a partir de la unificación, primero como representante de una de las «dos Alemanias» la idealista y pequeño burguesa, después como temible científico al servicio del imperialismo germánico<sup>20</sup>.

Queda por último, para completar el arsenal de imágenes y estereotipos del que dispondrán los ingleses para enfrentarse con la «Reichsgründung», el tópico del «German cousin», un tópico de rancia ascendencia, pues se remontaba nada menos que al mismísimo cronista medieval Beda y que nunca había desaparecido de la memoria histórica inglesa (solo lo hará por completo a raíz del trauma de la I Guerra Mundial). Incluso hubo momentos durante el siglo XVII en que el término de «Teutónico» incluía indistintamente a ingleses y alemanes<sup>21</sup>. El parentesco entre los dos pueblos fue consagrado historiográficamente en la obra de Thomas Arnold, profesor de historia en Oxford e integrante del primer grupo de estudiosos de la ciencia histórica y la literatura alemana de la época a partir de los años treinta del siglo XIX<sup>22</sup>. Arnold murió en 1842 por lo que, y al revés de lo que pasó con otros miembros del grupo, por no hablar de la segunda generación de historiadores oxonienses que trataremos mas adelante, su imagen de Alema-

<sup>19</sup> La novela tiene especial interés para el tema que nos ocupa, ya que la ficción en este caso se apoya en las experiencias universitarias alemanas del hermano del autor, John Carlyle, que había estudiado en Munich filosofía y había sido miembro del Schellingclub, cf. John Clubbe, «John Carlyle in Germany and the genesis of Sartor Resartus» en *Romantic and Victorian*, ed. por W.P. Elledge y R.L. Hoffmann, Cranburg, 1971, p. 264-289.

<sup>20</sup> «Der deutsche Professor» en G. Blaicher, *Das Deutschland bild in der englischen Literatur*, Darmstadt, 1992, pp. 26-33.

<sup>21</sup> Sobre este tema Peter EDGERLY FIRCHOW, *The Death of German Cousin*, London, 1986, aunque solo lo trata en detalle a partir de 1890 y como mero estereotipo literario.

<sup>22</sup> K. DOCKHORN, *Der deutsche Historismus in England*, Göttingen, 1950, pp. 134 ss.

nia no se vió comprometida por la política continental, ya que por aquel entonces este país distaba mucho de representar un problema para Inglaterra, preocupada, como es sabido, por el desasosiego francés y la preponderancia rusa. Para Arnold, Alemania era en principio la patria originaria de la familia de pueblos germánicos, a la que pertenecían también los ingleses, y también la cuna de la libertad, el derecho y las virtudes cívicas. Tal como exclamó entusiasmado en 1821 en el curso de su primer viaje al país: «Far before us lay the land of our Saxon and Teutonic forefathers —the land uncorrupted by Roman or any other mixture; the birthplace of the most moral races of men that the world has yet seen— of the soundest laws- the least violent passions, and the fairest domestic and civil virtues»<sup>23</sup>. Como es lógico esta visión de un común, aunque remoto pasado influyó en su imagen de la Alemania de aquel entonces. De esta manera, y a pesar de las reservas que le inspiraba a su liberalismo radical la política alemana de aquellos años, no desesperó y confiaba en su regeneración a la par que condena a lo francés, tal como expresa en una carta escrita unos años antes de su muerte al diplomático prusiano Bunsen: «My hope is that, whatever domestic abuses may exist, Germany will never forget the glorious struggles of 1813, and will know that the tread of a Frenchman on the right bank of the Rhine is the worst of all pollutions to her soil»<sup>24</sup>. Así no es de extrañar que haya sido muy positivo, su enjuiciamiento de Prusia, cuyo gobierno califica en una de sus cartas como «ones of the most advancing ever known», pensando sobre todo en su méritos en la administración, la ciencia y la enseñanza<sup>25</sup>. En conclusión podría, no solo afirmarse con Gruner que en conjunto la época que abarca hasta la unificación ofrece una «insgesamt positiven Bildes» de Alemania, con la excepción de la ambivalencia que afecta a Prusia, sino que además su consideración resulta imprescindible para comprender las primeras reacciones frente a los sucesos de 1870 y la posterior evolución de la imagen de Alemania<sup>26</sup>.

La unificación alemana va a exigir la elaboración de una nueva imagen del país. En principio el desplazamiento en 1870-1871 de Francia por Prusia, que pasa a ocupar una posición «semihegemó-

<sup>23</sup> Citado en M. Messerschmidt, *Deutschland in englischer Sicht*, Düsseldorf, 1955, p. 4.

<sup>24</sup> En Messerschmidt *o.cit.*, p. 5-6.

<sup>25</sup> En Messerschmidt *o.cit.*, p. 5-6.

<sup>26</sup> En *Das britische Deutschlandbild*, ed. por B.J.Wendt, Bochum, 1984, p. 78. En todo caso conviene tener en cuenta, como dice este mismo autor, que por lo que a nuestro tema se refiere, esta época es la menos investigada.

nica»<sup>27</sup>, no tenía porque afectar esencialmente a los «british interests». Al revés, la emergencia de un Reich alemán fuerte en Centroeuropa podía ser considerado como factor de estabilización en unos años en los que el sistema de equilibrio nacido del sobresalto europeo que supuso la Guerra de Crimea, daba señales de ruina<sup>28</sup>. Por eso, no es de extrañar que el *Times* saludase positivamente el comienzo del proceso de unificación en su editorial del 8 de diciembre de 1870. En enero del siguiente año, en la *Westminster Review*, el jurista y político Nicholas Davin, a pesar de su escepticismo respecto al futuro de una Alemania bajo égida prusiana, por lo que hacia la política exterior desdramatizaba la situación, concluyendo: «we have no reason, at all events, to fear a strong German Kingdom. Such a Kingdom will be our natural ally against Russia»<sup>29</sup>.

Parecido tono ha adoptado la investigación más reciente, que se resiste a contemplar unilateralmente los años setenta como los del comienzo de un fatal antagonismo anglo-germano, que habría de desembocar forzosamente en la conflagración de 1914. La «normalidad bilateral» que habría caracterizado la relación con Alemania se había considerado incluso como el punto de arranque de una tradición de «appeasement», atenta tanto a la dimensión continental como a la mundial de los intereses británicos, y que, a pesar de los pesares, se habría mantenido con las naturales interrupciones hasta 1939<sup>30</sup>.

Pero una cosa era la política exterior inglesa, que como hemos visto aceptaba con realismo la nueva situación creada por la ascensión de Prusia e incluso esperaba beneficiarse en cierta manera de ella, y otra era la reacción inmediata de la opinión y, después, las reflexiones de los críticos y de los apologetas del nuevo Reich sobre una nueva imagen de Alemania. En relación a lo primero disponemos de una deta-

<sup>27</sup> La expresión es de L. Dehio, en una conferencia de 1951, en L. Dehio, *Deutschland und die Weltpolitik im 20. Jahrhundert*, Frankfurt, 1961, p.13

<sup>28</sup> W. MOSSE, *The Rise and Fall of the Crimean System, 1855-1871*, London, 1963.

<sup>29</sup> N. F. DAVIN, «Germany and France», *The Westminster Review*, 1871, January, pp. 160-209, cita en p. 209. Bien es verdad que entre los conservadores había quienes de momento, pensarón de manera muy distinta, y entre ellos nada menos que Disraeli, quien tras calificar lo ocurrido como «German revolution», manifestaba en un discurso el 9 de enero de 1871: «the balance of power has been enterily destroyed, and the country which suffers most, and feels the effects of this great change most, is England».

<sup>30</sup> P.M. KENNEDY, «The tradition of Appeasement in British Foreign Policy 1865-1939», *British Journal of International Studies*, 1976, n.º 2, p. 195-251. Por lo demás y para bibliografía más reciente G. Martínez de Espronceda, *Opinión Pública y Relaciones Internacionales*, Zaragoza, 1993, t. I, p.149-189.



llada curva del estado de la opinión, paso a paso, en la obra de la americana Dora Neill Raymond. Al estallar la Guerra Franco-prusiana en 1870 las simpatías de los ingleses no estaban del lado francés. Un Napoleón, aunque fuese tercero, no podía menos que despertar el recuerdo de las empresas hegemónicas de su antecesor<sup>31</sup>. De Alemania la gente sabía poco, y lo poco que sabía, como hemos visto, no alimentaba una imagen amenazadora. El punto de inflexión en la opinión lo data Raymond en la batalla de Sedán, en septiembre de 1870. A partir de esta fecha comienza a disminuir la difusa simpatía existente al principio por la causa prusiana, mientras que aumenta la sentida por una Francia que mientras tanto se había hecho republicana. A finales de la contienda los «germanisers», concluye la historiadora americana, eran minoría frente a los que apoyaban a los franceses, y ambos dos daban señales de desconcierto frente a la nueva Alemania<sup>32</sup>.

De todas maneras desde mediados los sesenta los lectores de Thomas Carlyle disponían de una obra que ayudaba a entender lo que era esta Prusia que para muchos iba a monopolizar la imagen de Alemania en los años siguientes. Nos referimos a una obra del escritor inglés a la que la coyuntura política transformó en un éxito de mercado, su *History of Frederik II of Prussia called Frederik The great*<sup>33</sup>. Reagrupando los rasgos del estado prusiano según el autor inglés, resulta una imagen cuyo contenido no difiere mucho del propio de la tradición crítica de fines de siglo, lo que sucede es que la valoración es completamente distinta. El estado prusiano, dice Carlyle, es una construcción artificial, pero de ésto no deduce como se hizo después, una invencible tendencia a la subordinación de sus súbditos<sup>34</sup>.

---

<sup>31</sup> La primera oleada de pánico ante un peligro de invasión se había registrado a finales de los años cincuenta cuando se supuso que precisamente Napoleón III planeaba un desembarco con la ayuda de nuevos ingenios navales: Michael J. SLEVORIS, *Riflemen Form: The War Scare of 1859-1860 in England*. New York. 1982. Incluso en la epidemia de temores desatada en los setenta y ochenta, los alemanes serán solo unos más en toda una serie de hipotéticos invasores que sigue incluyendo a los franceses y no se olvida ni de los chinos, S. HYNES, *The Edwardian Turn of Mind*. Princeton. N.J.. 1968. p. 24.

<sup>32</sup> D.N. RAYMOND, *British Policy and Opinion during the Franco-Prussian War*, New York. 1967. p. 199 ss.

<sup>33</sup> La obra publicada en seis volúmenes de 1858 a 1865, tuvo mayor éxito que las que le habían precedido sobre la Revolución francesa o sobre Cronwell, «cuando empezó su tarea pocos soñaban en las dramáticas transformaciones que iban a producirse. Cuando terminó ya habían caído los primeros golpes de martillo de Bismarck», G.P. GOOCH, *Historia e Historiadores en el siglo XIX*. 1.ª ed. español. Mexico. 1942. p. 334 (la edición original en Londres, 1913).

<sup>34</sup> Hemos espigado las citas en la Centenary Edition de sus obras por H.D. Traill, London, 1898, v. 12-19.

Califica a Federico Guillermo I de «husband» de la nación, por ejemplo, pero añade que «happy the nation, which gets such a husband once in the half-thousand years». Si en otro pasaje se le llama «the great Drill-sergeant of the Prussian nation», se afirma que tal función siempre ha sido la propia de la monarquía prusiana<sup>35</sup>.

La posterior literatura antiprusiana no tendrá nada que añadir a estos juicios, pero para Carlyle no hay objeto de censura, se trata de una fase necesaria, «all things, a nation needs first to be drilled, and no nation that has not first been governed by so-called «Tyrants»... ever came to much in the his world»<sup>36</sup>. Tampoco para Carlyle hay nada malo en la identificación entre Ejército y Nación o en el perfeccionismo prusiano: «Friederich Wilhelm completes the process; finishes it off to the last pitch of perfection..., so that Prussia is all a drilled phalanx, ready to the word of comand; and what we see in the army is but the last consummate essence of what exists in the nation everywhere»<sup>37</sup>.

Pero, claro está, los lectores ingleses de la época sobrepondrían a la imagen de algo que, a fin de cuentas, había sido hasta entonces sólo uno de los estados alemanes, la trayectoria de una cultura de «otra Alemania» que el mismo Carlyle había consagrado en sus anteriores obras como encarnación del progreso de la libertad humana, de Lutero a Goethe, Schiller y Kant. Lutero, por ejemplo, que a finales de siglo será reinterpretado como punto de arranque del desviado camino alemán, para Carlyle significaba exactamente lo contrario; «English Puritanism, England and its Parliament, America, and vast work these two centuries; French Revolution, Europe and its work everywhere at present: the germ of it all lay there; had Luther in that moment (en Worms) done other, it had all been otherwise!»<sup>38</sup>.

Alemania ofrecía así dos caras al público inglés. Si una, la prusiana, podía desconcertarle, y necesitaba de la comprensiva exégesis de un Carlyle, la otra le mostraba, en una figura como la del fundador del protestantismo, el origen de sus propias libertades. En cierta manera

<sup>35</sup> CARLYLE, *o. cit.*, v. 12, p.342; «In a military, and also in a much deeper sense, he may defined as the great Drill-sergeant of the prussian nation. Indeed, this had been the function of the Hohenzollerns all along», v. 12, p. 345.

<sup>36</sup> CARLYLE, *o. cit.*, v. 16, p. 346.

<sup>37</sup> CARLYLE, *o. cit.*, v. 16, p. 346.

<sup>38</sup> *On Heroes and Hero-Worship*, publicada en 1841, citado por la ed. de H.D. Traill, London, 1898, v. 5, p. 135. Una página antes se concluye: «The Diet of Worms, Luter's appearance there on the 17th of April 1521, may be considered as the greatest scene in Modern European History; the point, indeed from which the whole subsequent history of civilisation takes its rise».

«dos Alemanias», de manera mas próxima y comprensible de como lo hacían los germanistas historiadores del derecho medieval de la Universidad de Oxford como Freeman o Stubbs, el autor de la *Constitutional History of England*, donde Germania, como en Arnold, era vista como la cuna de las instituciones inglesas<sup>39</sup>. Es verdad que el resultado de estas investigaciones, al revés que las elocuentes páginas de Carlyle, no rebasaba el ámbito académico, y difícilmente podía influir mucho en el público, incluso culto. Pero estos eruditos, que de su entusiasmo por los primitivos germanos habían pasado a ocuparse de los monarcas sajones, terminaron saliendo en defensa de la Alemania de su época cuando llegó el momento. Y el momento llegó entonces, cuando el público inglés comenzó a dar muestra de inquietud ante la brutal rapidez de la victoria prusiana en 1870. Es entonces cuando, por ejemplo, Freeman, el autor de la monumental *The History of the Norman Conquest*, publicó una carta en *The Pall Mall Gazette*, diario conservador fundado en 1865. En ella el historiador intenta desvanecer los recelos ingleses, recordándoles los intentos de hegemonía francesa a lo largo de la historia, y especialmente sus anexiones de suelo germánico, como una conspiración contra la paz: «a conspiracy against which it has ever been the first duty of every European nation to stand on its defence, and which it is now the high mission of Germany to render hopeless for the future»<sup>40</sup>.

La conciencia de los comunes orígenes germánicos, como factor compensatorio en una imagen que incorporaría rasgos cada vez más negativos, se mantuvo hasta entrados los noventa. Unos años en los que la inquieta diplomacia guillermina y la potencia de la economía alemana provocaba desazón en una opinión, ya trabajada por interesadas campañas de prensa<sup>41</sup>.

<sup>39</sup> GOOCH, *o. cit.*, p. 342-361.

<sup>40</sup> *The Pall Mall Gazette*, 25 de noviembre de 1870. Hacía dos semanas que Carlyle también se había dirigido a la opinión en otra carta publicada en el *Times*, el 11 de noviembre. En ella, después de una cálida defensa de la obra constitucional y de la empresa nacional de Bismarck, se exigía como también hizo Freeman, la devolución de las «germánicas» Alsacia y Lorena a los alemanes, concluyendo que ninguna nación había tenido peor vecino que Alemania en los últimos cuatrocientos años: una Francia descocada, rapaz, insaciable y siempre agresiva. La raza germánica, y no la celta, estaba destinada a partir de ahora a asumir los destinos europeos. No es de extrañar que, comenzada la guerra europea, los alemanes se apresurasen a publicar la carta de tan famoso autor en la Insel Verl., una de sus populares editoriales: *Wie ein Engländer 1870 er über Elsass-Lothringen dachte*. Berlin, 1919.

<sup>41</sup> Como muestra un botón: el 11 de septiembre de 1897 la *Saturday Review* publica un famoso artículo «Germania est delendam», cuyo título expresa muy bien su contenido y cuyo contenido constituye una antología de todos los tópicos del antiprusianismo. cf. G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Opinión... o. cit.*, t. I, p. 95-124.

Así, no es de extrañar que la por un momento posible aproximación anglo-germana se justificara apelando al tópico de la raza común. Cuando en noviembre de 1899 el Emperador alemán y su canciller von Bülow visitan Inglaterra, Chamberlain hablará de «a new Triple Alliance between the Teutonic race and the two great branches of the Anglo-Saxon race,... the natural alliance between ourselves and the great German Empire»<sup>42</sup>.

Pero, a medida que se abandonaba la idea de una alianza con Alemania y se perfilaba la aproximación a Francia, todo confluía para que la imagen de Alemania comenzase a experimentar la serie de cambios que desembocarán en el estereotipo de vísperas de la I Guerra Mundial. Y no se trataba sólo de factores políticos y económicos, también tenían importancia los culturales. Las élites de la última época victoriana ya no tenían una relación íntima con el país: la literatura alemana resultaba demasiado «alemana», en el campo académico las tesis germanizantes de la Escuela de Oxford estaban sometidas a revisiones críticas, mientras que la boga de los estudios célticos contribuía a resaltar rasgos comunes entre ingleses y franceses. El ambiente cultural, concluye un autor, respaldaba la aproximación entre Francia e Inglaterra que iba a desembocar en la «Entente Cordiale» de 1907<sup>43</sup>.

En un país donde se deja de traducir literatura alemana, como sucede en la Inglaterra del último tercio de siglo, la imagen de lo alemán

---

<sup>42</sup> *Times*, 1 de diciembre de 1899 (texto de un discurso pronunciado por el político inglés en Leicester el 30 de noviembre) cf. A.J.P. TAYLOR, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918*, (1954), Oxford, 1971, p. 389. Más explícito fue el historiador Creighton, el editor de la *English Historical Review*, que al recibir a Guillermo II en Sandringham pronunció, en su condición de obispo de Londres, un discurso que tuvo un gran eco en la prensa, donde evocaba el común origen de las dos «nations with like ideas of rightness, the same fundamental ideas, the same conception of conscience»... las dos «of the Teutonic stock...» (cf. *Times*, 22 de noviembre, 1899). Ver también FIRCHOW *o. cit.*, pp. 32-34.

<sup>43</sup> Percy Ernst Schramm, que estudió la influencia de la cultura alemana en Inglaterra entre la unificación y el cambio de siglo, constata que ya antes de la «Entente cordiale» aumenta la conciencia de rasgos comunes con Francia en perjuicio de los percibidos hasta entonces con Alemania. Esto se acusa, según el mismo autor, sobre todo en la literatura. El culto de Goethe, que todavía se mantiene intacto en los años ochenta, cuando se publica su *Life and Works*, de G.H. Lewes, va acompañado de un reproche a Alemania por haberse alejado del clásico; Hebbel, Grillparzer, Storm, Keller y C.F. Meyer, los autores de entonces, se sienten tan «demasiado alemanes» como la misma Prusia. De ésta manera podría decirse que la imagen de las dos Alemanijs políticas, el sur liberal y el norte absolutista, encuentra su correspondencia, cuando no su origen, en la literatura. Ver: P.E. SCHRAMM «Englands Verhältnis zur deutschen Kultur zwischen der Reichsgründung und der Jahrhundertwende» en *Deutschland und Europa*, ed. por W. Conze, Düsseldorf, 1951, p. 135-178.

es sólo tributaria de su propia literatura. Y tras la constitución del imperio alemán en el corazón de Europa, con todo su poderío técnico e industrial, los alemanes ya no podían seguir siendo retratados con vislumbres románticos, como científicos o filósofos. En las novelas inglesas ya no se describe al profesor estrafalario, al filósofo despistado o al poeta ensoñador, sino que cada vez se impone más el envarado oficial, el temible político, banquero o industrial, o un nuevo tipo de profesor, como investigador entregado a extraños experimentos. Los alemanes como tipos humanos son tipos peligrosos casi siempre<sup>44</sup>.

La imagen del alemán a lo más es matizada por un melancólico recuerdo de la «otra Alemania», la Alemania romántica e idealista que habría sucumbido ante Prusia. Así, por ejemplo, en la novela *Howards End* de Edward Morgan Forster se dice del fallecido padre de las hermanas Schlegel: «Their father had belonged to a type that was more prominent in Germany fifty years ago than now. He was not the aggressive German so dear to the English journalist, nor the domestic German so dear to the English wit. If one classed him at all it would be as countryman of Hegel and Kant, as the idealist inclined to be dreamy, whose Imperialism was the Imperialism of the air. Not that his life had been inactive. He had fought like blazes against Denmark, Austria, France. But he had fought without visualizing the results of victory»<sup>45</sup>.

Con más precisión que en las bellas letras, el cambio de la imagen de Alemania se aprecia en la publicística. Y aquí puede servir como ejemplo William Harbutt Dawson, un periodista que había estudiado en Alemania, que conoció personalmente a Bismarck, y fue uno de los mejores especialistas y de los más leídos en su época<sup>46</sup>.

En 1894, en unos años por lo tanto cuando todavía no estaba completamente definido el equilibrio de alianzas en Europa, e Inglaterra

---

<sup>44</sup> Esta es la síntesis del citado estudio de Schultz, donde todos los extremos que referimos están convenientemente documentados en la literatura inglesa de la época: especialmente estos años p. 179 ss.

<sup>45</sup> *Howards End*, London, 1910, p. 93. Si los ingleses de entonces hubiesen leído literatura alemana habrían comprobado el mismo contraste. Así, por ejemplo, en los *Buddenbrooks* de Thomas Mann, escrita en 1901, cuando en los años setenta llega el nuevo director de escuela, el Dr. Wulicke, el autor nos habla de un nuevo espíritu basado en autoridad, deber, poder, servicio y competencia, reemplazando al idealismo, la formación clásica y el ocio culto de antes. La escuela, concluye, se transformó en «ein Staat im Staate», donde la rigidez prusiana dominaba hasta tal punto que no sólo el maestro, sino también el alumno se sentían como funcionarios... (Edición de la *Gesammelte Werke*, Frankfurt, 1960, t. I, p. 722.)

<sup>46</sup> Esta es la opinión, entre otros, de Gooch en la recensión de su biografía de Bismarck, en «The Study of Bismarck», en *Studies in Modern History*, London, 1931, p. 237.

corría el peligro de aislamiento, Dawson publicó su *Germany and the Germans*. En esta primera obra se esfuerza por describir la sociedad y las instituciones sin ocultar las diferencias que les separan de las inglesas, «because their history and traditions are different», y renunciando a pontificar sobre el carácter alemán, «There is much in the german character to admire, much in Germany's life and institutions from and by we may learn». Las campañas de 1866 y 1870 manifiestan un patriotismo envidiable: «The German patriots!. Shame to them were they otherwise, with those songs, that inspire to every noblest impulse, that incite to every noblest emotions...». Si bien censura la rigidez de la constitución prusiana, también tiene en cuenta la difícil situación del Reich, con fronteras abiertas hacia Francia y Rusia. Y para el inmediato futuro Dawson confía en el nuevo monarca, nada menos que Guillermo II, en su voluntad de «to throw all his power and influence on the side of justice, peace, morality and true progress»<sup>47</sup>.

Catorce años después Dawson acusa el cambio de clima respecto a Alemania en su *Evolution of Modern Germany*. Es verdad que en el prólogo de su nuevo libro se habla de llevar con «good humour» la rivalidad existente, pero también se exige una firme decisión de no ceder terreno por parte de Inglaterra. Y después viene una interpretación completamente distinta de la historia reciente, que supone también una imagen distinta de lo alemán y los alemanes. Para empezar, en 1866 y en 1870, en las guerras contra Austria y contra Francia, ya no se manifestó un ejemplar patriotismo, sino el «cult of force». En general toda la política alemana desde entonces es fruto de la fuerza, personificada en el mismo Bismarck. El idealismo de comienzos de siglo se ha transformado en un extremado materialismo, y la importancia del Estado, juzgada con benevolencia en su anterior libro, ha aumentado enormemente; «the effect of this workshipping of material force is seen in the elevation of the state to a position of importance, which it never held before»<sup>48</sup>. Medida con los patrones occidentales, operación que ni se le había ocurrido en 1894, Alemania no es un caso completamente desesperado, pero sí problemático; «in a country of Germany's political traditions progress in the assimilation of Western theories is necessarily slow»<sup>49</sup>.

<sup>47</sup> DAWSON, *Germany and the Germans*, London, 1894, 2 v., todas las citas del prólogo del primer volumen p. I-XXV.

<sup>48</sup> *The Evolution of Modern Germany*, London, 1908, p. 11; p. 220; p. 235.

<sup>49</sup> DAWSON, *o. cit.* p. 443.

Aunque el autor no aprueba el culto a la fuerza y el estatalismo de los alemanes, se muestra comprensivo todavía con sus deseos de expansión, juzgando que en el fondo el Reich en su política colonial actúa como lo harían otras naciones en su caso<sup>50</sup>.

Evidentemente, el equilibrio entre una condena del espíritu y de las instituciones prusianas, como la que realiza Dawson, y su comprensión de las razones de su política exterior estaba condenado a romperse en cuanto fuese puesto a prueba por las circunstancias, y esto es lo que sucedió en la última obra de Dawson en 1915, como veremos más adelante.

De esta manera, conforme se imponía el duro hecho de la rivalidad económica y política, la imagen de Alemania iba endureciéndose, hasta generar los estereotipos de los que tan abundantemente se serviría la propaganda bélica de la guerra europea que se avecinaba. De poco podía servir la ponderación de sabios como Maitland, buen conocedor de aquel país y quizá el mejor historiador del XIX inglés<sup>51</sup>.

Maitland reconoció como todos el cambio que había experimentado Alemania, atrás quedaba una época, «when it was usual and plausible to paint the German as an unpractical, dreamy, sentimental being, looking out with mild blue eyes into a cloud of music and metaphysics and tobacco smoke». Alemania ha comenzado una nueva época con «modern ideas, modern machinery, modern weapon» Pero advertía contra las simplificaciones de las imágenes en curso: «Some of the portraits that we draw of him (el alemán) like some portraits of John Bull that are drawn in Germany, seen to me scandalously bad; the work of envy, malice and uncharitableness. There is room for an amendment of manners on both sides of the sea and not only of manners but of moral»<sup>52</sup>.

Pero la tendencia general era otra y opiniones tan prudentes era imposible que se impusiesen, no sólo y precisamente por ser prudentes, sino por que no rebasaban el círculo cerrado de especialistas e investi-

<sup>50</sup> DAWSON, *o. cit.* p. 375.

<sup>51</sup> Según GOOCH, *o. cit.*, p. 394. Dicho sea de paso, Maitland (1850-1906) rompió con la veneración algo beata por la erudición alemana y criticó el «germanismo» de la Escuela de Oxford.

<sup>52</sup> Todas las citas están tomadas de uno de los trabajos de Maitland sobre la Alemania contemporánea (aunque Maitland era sobre todo medievalista), se trata del dedicado a *The making of the German Civil Code*, que había sido promulgado en 1896, y que Maitland consideraba como una muestra de la modernidad alemana, por debajo de sus apariencias «feudalizantes», tal como hacen ahora algunos investigadores. En F.W. Maitland, *The Collected Papers*, ed. por Hebbert A.L. Fischer, Cambridge, 1911, 3 v., las citas en v. 3, p. 475 y p. 485.

gadores universitarios. La creciente beligerancia económica y política demandaba imágenes rotundas y cada vez más totalizantes, que terminasen abarcando, como sucedió en la I Guerra Mundial, todo lo alemán, desde los inquilinos de los bosques de la primitiva Germania hasta los súbditos del kaiser arrogante, con bigotes engominados, que dibujaban las caricaturas de la prensa<sup>53</sup>.

Y en relación a la acuñación de imágenes y estereotipos en la opinión hay que tener en cuenta, no tanto a la publicística y mucho menos a la erudición universitaria; como la prensa y muy especialmente entonces, pues fue en los años setenta y ochenta «cuando aparecen las condiciones para que auténticas masas acudan al mercado informativo»<sup>54</sup>.

Las reformas educativas inglesas incrementaron el público potencial de los periódicos al extender la alfabetización obligatoria y gratuita, y las reformas de la ley electoral darán peso político a esta nueva masa de lectores. Este «nuevo público»<sup>55</sup> podía no tener interés en la «sobredosis de temas políticos» que ofrecían los rígidos diarios de la primera generación de la prensa popular (*Daily Telegraph, Standard...*, etc.), pero era muy receptivo al sensacionalismo de periódicos como el *Daily Mail*. Este periódico aparece en el mercado el 4 de mayo de 1896, el año en que la imprudencia de Guillermo II enviando un telegrama de felicitación al sudafricano de origen alemán Krüger, por haber derrotado a los ingleses, provoca una seria crisis en las relaciones anglo-alemanas, episodio que será generosamente explotado en los titulares del nuevo diario, anunciando ya lo que será su tónica predominante. Este nuevo tipo de prensa, y conforme la situación se agrava, servirá de caja de resonancia a prejuicios y rumores, azuzando en mu-

<sup>53</sup> Toda esta evolución reflejada en la caricatura puede comprobarse en la introducción y lo que sigue de la obra de Eberhard DEMM, *Der Erste Weltkrieg in der Internationale Karikatur*, Hannover, 1988; y más recientemente «The Battle of the Cartoonist» en *France and Germany in a Age of Crisis 1900-1960*, ed. por Haim Shamir, Laiden, 1990, p. 127-144.

<sup>54</sup> Ver la síntesis de Jesus Timoteo ÁLVAREZ en *Historia y modelos de comunicación en el siglo XX*, Barcelona, 1987, pp. 57 ss.

<sup>55</sup> «Es evidente, incluso en cifras, la aparición de un público nuevo en la década de los ochenta, que iba saliendo de las nuevas escuelas y miraba al futuro con esperanza, basando ésta en la instrucción, en el saber y en el leer, en los periódicos en buena medida. Era un público de clase media baja y proletarios, vendedores, artesanos y oficinistas...», J. Timoteo ÁLVAREZ, *o cit.*, p. 57. Es el público de «fin de siecle», «a public that hungered insatiably after novelty...», del que habla Koss en *The Rise and Fall of the Political Press in Britain*, t. I. London, 1981, especialmente pp. 356-456, que presagia ya el público de masas de nuestro siglo.



chos casos a la opinión. Hará eco a todas las diferencias con Alemania, desde el reiterado *navy scare* cuando Inglaterra veía en peligro su vital supremacía marítima a causa del «navalismo» germánico, hasta la inquietud causada por el expansionismo alemán en Africa o Turquía. A veces logró presionar sobre el comportamiento de los políticos, como durante la psicosis de guerra de los años 1904 y 1905, contribuyendo a que los liberales abandonasen su inicial resistencia a aprobar un aumento del presupuesto destinado a la flota de guerra<sup>56</sup>.

Pero, una prensa como la de Northcliffe, el dueño del *Daily Mail*, no se contentaba con tratar a su manera los choques que enfrentaban a la vieja potencia imperial que era Inglaterra y el ambicioso recién llegado. Corporeizó además la *German Menace* en temas destinados a impresionar la imaginación popular, presentando la nación al otro lado del Canal dispuesta al ataque: los espías, los zepelines, o simplemente *The Day*, el día de la invasión alemana por sorpresa. Existía una «literatura de invasión», que se remontaba en sus orígenes a mayo de 1871, cuando el escocés *Blackwoods Magazine* publicó anónimamente *The Battle of Dorking: Reminiscences of a Volunteer*, la primera ficción literaria de una invasión alemana<sup>57</sup>.

Pero, como es lógico, el género floreció una vez desvanecida la posibilidad de una Alianza con Alemania, y en ésto la prensa de masas jugó un papel activo. Así, por ejemplo, las más completa de estas fantasías, *The Invasion of 1910* de Le Queux, que incluye no sólo la narración bélica, sino además los hipotéticos debates en el Parlamento y en la opinión sobre las necesidades de la defensa, vio por primera vez la luz pública a lo largo de 1906, en entregas en el *Daily Mail*, que no ahorró ningún medio para transformarla en un best-seller, encargándose al año siguiente de editarla como libro<sup>58</sup>.

---

<sup>56</sup> Gran cantidad de referencias en Paul Kennedy, *The Anglo-German antagonism 1860-1914*, London, 1980, especialmente pp. 160 ss.

<sup>57</sup> La obra, escrita por Sir George Tomkyns Chesney, se editó el mismo año como libro en Edimburgo. Bien es verdad que, como hemos visto, a la altura de 1871 los ingleses retenían más en su memoria el recuerdo de la amenaza napoleónica, que tenían una hipotética invasión de los alemanes. Por eso, no es de extrañar que un conocido novelista de la época, Georg Meredith, que además conocía muy bien Alemania de su época de estudiante, ridiculizase el tema en su novela *Harry Richmond* (London, 1872) donde los invasores son los franceses en lugar de los alemanes, y el único alemán que aparece es un profesor, todavía a la vieja usanza, que adoctrina a los adormecidos ingleses... cf. SCHULTZ *o.cit.*, p. 182.

<sup>58</sup> Una relación de publicaciones, que testimonian en muchos casos la voluntad de aprovechar editorialmente una psicosis creada por las mismas editoriales, en Ian Frederick Clarke, *Voices Prophesying War*, Oxford, 1966, p. 227 ss. En la época muchos observadores advertie-

Conforme se acercaba la Guerra Mundial el saldo del «imaginario de lo alemán», era cada vez más negativo. Pues, como puede suponerse, temores y rivalidades reafirmaban en la opinión un estereotipo nacional significado por el materialismo, la disciplina, el nacionalismo o el racismo, el militarismo, características todas sintetizadas en el concepto de «prusianismo». Sin embargo, la publicística especializada todavía se resistía a traducir en antinomias nacionales irreductibles y esenciales la rivalidad entre dos países<sup>59</sup>.

Aquella retención se perdió con el comienzo de las hostilidades. La mejor muestra de ello es la última publicación de Dawson, *What is wrong with Germany?*, que por lo demás comienza con una confesión personal: «This preface must end on a melancholy note. This is the first book on Germany which I have written without pleasure»<sup>60</sup>.

Se tratará de calificar «the psychologie of a nation», pues la guerra no sólo ha sido provocada por los gobernantes alemanes, que lo ha sido evidentemente para Dawson, sino que, además, es el resultado lógico del carácter alemán desde hace tiempo. Por eso, la responsabilidad es de todo el pueblo: «This war and the will of power to wage it are the emanation of a spirit of militarism which pervades and dominates as no other country and nation in the modern world»<sup>61</sup>. El responsable principal de esta evolución es Prusia, que ya no será ni remotamente como lo era en 1894 «the pioneer alike in the arts of peace and power»,<sup>62</sup> sino «the centre of mischief»<sup>63</sup>.

El giro de 1870 habría sido radical y definitivo, la cultura de la época de Schiller, Kant y Fichte está «for practical purposes dead», y

---

ron contra esta psicosis de invasión y su obsesión con los alemanes a partir de 1904, ver C.E. PLAYNE, *The Pre-war Mind in Britain. An Historical review*, London, 1928, p. 253 ss.

<sup>59</sup> Es significativo que de los autores de crédito intelectual, sólo Lord Acton, el gran historiador católico inglés, muy relacionado con la historiografía alemana y fundador de la *Cambridge Modern History*, fuese el único que, a finales de siglo, se atrevió a sintetizar la oposición entre lo inglés y alemán desde Lutero, invirtiendo la imagen que había dado un Carlyle. La oposición entre el perfeccionismo organizativo, la adoración del Estado y la falta de libertad, por un lado, y el desarrollo libre de individuos autónomos en una sociedad civil por otro. Tesis expuestas, entre otros sitios, en su famoso artículo en el primer número de la *English Historical Review*. «The German School of History», 1886, p. 4-112. La publicística antialemana de la época de entreguerras poco tendrá que añadir a tesis tan radicales como estas, sobre todo si tenemos en cuenta las opiniones de Acton sobre Bismark, la unificación alemana y el Estado alemán, ver GOOCH, *The study...*, o. cit., p. 230 ss.

<sup>60</sup> *What is wrong with Germany?*, London, 1915, p. 1.

<sup>61</sup> O. cit., p. ix, y además p. 196.

<sup>62</sup> DAWSON, *Germany and...*, o. cit., p. I; p. 126.

<sup>63</sup> O. cit., p. xii.

con ella ha desaparecido el ideal de «a universal brotherhood», desplazado por un patriotismo agresivo frente a las demás naciones. Se ha impuesto el culto prusiano a la fuerza, una civilización materialista y una sumisión disciplinada al Estado. La cultura alemana ha quedado reducida a «tribal culture based on the force, Germany is out of harmony with the rest of the world»<sup>64</sup>. De las «dos Alemanias», solo queda una.

Sin embargo es curioso que, a pesar de todas sus condenas, Dawson no se resiste, con cierta inconsecuencia, a contraponer el cauteloso proceder de Bismarck, ajeno según el autor a las tentaciones de la Weltpolitik, a las desmedidas y planetarias ambiciones del «neue Kurs» de Guillermo II. La referencia a la prudencia política de Bismarck, a despecho de la condena de su régimen «absolutista», nunca dejará de ejercer un papel sedante en la imagen del prusianismo cultivada por la publicística inglesa, tal como veremos incluso en 1933.

La presión del clima bélico, e incluso las exigencias de una propaganda mal entendida en el terreno académico, explican que a los dos años escasos, posturas como las de Dawson pareciesen muy moderadas. Esta es la conclusión a que se llega si se consulta, por ejemplo, las lecciones de F.J.C. Hearnshaw, editadas como libro bajo el título de *Main Currents of European History*<sup>65</sup>.

Alemania se ha mantenido para este profesor al margen de la civilización europea casi desde sus orígenes, pero a partir de 1914 ha culminado su culpa por haber destruido una comunidad de pueblos que existía desde la época romana: «For the tragedy of 1914 lay in the destruction on the Commonwealth of Europe, and the unpardonable crime of Germany was that, in her selfish lust for world-dominion, she withdraw from the society of her equals, plotted against them, rejected conference and arbitration, violated international guarantees, repudiated the *ius gentium*, and so undid at a blow the work of a dozen generations of devoted seekers after the ideal of a Parliament of Man, a Federation of the world....»<sup>66</sup>.

---

<sup>64</sup> DAWSON, *o. cit.* p. 20-24; las treinta páginas que dedica a «Treitschke and that State as Power», y las veinte a «Kaiserism and Byzantinism» (p. 62-112), donde se critica la concepción alemana, del estado y su ejercicio del poder, son un ejemplo de síntesis culta de los argumentos divulgados de forma más grosera por otros autores, como en B. C. Sheridan Jones, *The unespeakable Prussian*, London, 1914.

<sup>65</sup> London, 1918. El autor fue sucesivamente profesor en Southampton, Durham y Londres, donde comenzada la II Guerra Mundial publica *Germany the Aggressor through the ages* en 1941 donde supera sus tesis de 1918.

<sup>66</sup> *O. cit.*, p. 18, los tópicos sobre Prusia desarrollados como puede esperarse en p. 223 ss.

Es verdad que la obra de aquel historiador es un caso extremo, pero no debe ignorarse que generaciones de estudiantes, los futuros miembros de las élites de los media de la época de entreguerras, habrían sido más marcados por la enseñanza sesgada de la historia que se haya podido dar en estos años, que por una propaganda que, por sus mismos excesos, habría hecho poca mella en las clases más cultivadas<sup>67</sup>.

Fue, sin embargo, uno de los más encarnizados enemigos de Alemania en el ámbito académico, el que iba a suministrar una nueva imagen de lo alemán, integrando en una sola el tópico de las dos Alemani-  
as, la prusiana sometedora y la sometida romántica y liberal. Una imagen que se iba a mostrar especialmente fecunda cuando, veinte años más tarde, se agotase el «prusianismo» como clave interpretativa de «lo alemán» con el régimen nacionalsocialista. Nos referimos a Lewis Bernstein Namier<sup>68</sup>. En su libro *Germany and Eastern Europe*, no es Prusia, a pesar del rechazo radical de este Estado y de sus tradiciones, la que encarna el mayor peligro para Europa y para el mundo, sino precisamente la «otra Alemania», la Alemania débil y soñadora, con sus fluctuantes ambiciones y sus ideales nunca realizados<sup>69</sup>.

El nuevo imperialismo alemán en los Balcanes, que Namier considera la causa inmediata de la guerra, no es una sencilla continuación del viejo expansionismo prusiano, sino la expresión de antiguos deseos y profundos sueños del pueblo alemán. El expansionismo prusiano era de objetivos limitados, Bismarck había «created and developed power, but not the philosophy of power»<sup>70</sup>.

La política prusiana ha podido ser mortal para sus víctimas, pero no representaba un peligro para el resto del mundo, «its essence is brutal egotism, but its brutality is sane». Bismarck se había limitado a edificar en su torno un anillo protector de alianzas, pero el nuevo imperialismo quiere ir más allá, y la diáspora alemana en otros países constituye su avanzada<sup>71</sup>.

---

<sup>67</sup> Sobre el problema en general ver Stuart WALLACE, *War and the image of Germany: British academics 1914-1918*, Edinburgh, 1988, aunque un planteamiento demasiado restrictivo le hace ignorar muchas de las obras que tratamos.

<sup>68</sup> NAMIER (1888-1960), judío de origen polaco y de confesión católica, estudió en Oxford y comenzó su docencia en Manchester. Durante la Guerra Europea trabajó en el *Propaganda Department* y en el *Intelligence Department del Foreign Office*, como otros historiadores. En 1929 se consagró como uno de los innovadores de la historia política de su país de adopción al publicar *The Structure of Politics at the Accession of George III*.

<sup>69</sup> *Germany and the Eastern Europe*, London, 1915, p. xv.

<sup>70</sup> NAMIER, *o.cit.*, p.62.

<sup>71</sup> NAMIER, *o.cit.*, p. 53.

El ideal para Bismarck era una Alemania prusianizada y unificada, más allá de sus fronteras se trataba de evitar conflictos «he was Germany's Louis Quatorze not her Napoleon»<sup>72</sup>. El moderno imperialismo alemán, en cambio, es distinto. Y no sólo por la diversa personalidad de su monarca, el «camaleónico» Guillermo II, al que Namier califica de nuevo Napoleón III. Es, sobre todo, distinto porque la aportación prusiana ha quedado reducida a la «force y a la material organisation», los fines y las ideologías los aporta la «otra Alemania»<sup>73</sup>.

Alemania ha sido prusianizada, es verdad, pero el vencedor ha sucumbido al vencido, inferior en fuerza y en organización, pero superior en inteligencia y en ideas. «The complex mind which, tired of its own shallow complexity yearns for the simplicity of force, but incapable of real strenght overshoots ist mark and glorifies brutality, all these types have sunk into adoration of the Prussian healthy "blon brute", but the healthy has proved intellectually inferior to those who adore it: it has become self-conscious and has lost ist mental balance»<sup>74</sup>.

Por eso, el momento más peligroso del nuevo imperialismo alemán es el desequilibrio interno de su espíritu, la indefinición de sus objetivos. «Expansion» y «dominion» son conceptos vagos y fluctuantes para los alemanes: «No compromise nor understanding is possible with a nation or government which proclaims a programme of world-policy and world-power and yet fails to limit ist views to certain definite object»<sup>75</sup>.

Namier reinterpreta el XIX alemán para documentar una Alemania no prusiana, más románticamente excesiva y desequilibrada que liberal. Alemania es condenada con conceptos psicológicos más complejos que el catecismo anti-prusiano al uso: «philosophy of force», «shallow complexity of mind», «glorification of brutality», «loss mental balance»...

No hace falta decir que la propaganda de guerra propiamente dicha, permaneció ajena a estos matices y diferencias, y trabajó con imágenes y estereotipos más rudimentarios. Incluso, centrada como estaba en las barbaries reales o inventadas de los ejércitos alemanes, sutituyó a veces el término de «prusianismo» por el menos complejo y de más efecto en el público popular de «hunos»<sup>76</sup>.

<sup>72</sup> NAMIER, *o.cit.*, p. 50.

<sup>73</sup> NAMIER, *o.cit.*, p. 64 ss.

<sup>74</sup> NAMIER, *o.cit.*, pp. 63-64.

<sup>75</sup> Namier, *o.cit.*, p. 58.

<sup>76</sup> También aquí, como tratándose del prusianismo, la fanfarronería de Guillermo II había preparado el camino para la identificación de los alemanes con los hunos. El 27 de julio de 1900, despidiendo a las tropas alemanas que partían para China del puerto de Bremen, el em-

La propaganda de guerra, es importante para nuestro tema por dos razones. En primer lugar, porque su misma desmesura si primero dificultó la comprensión de lo que sucedió en Alemania a partir de noviembre de 1918; después por reacción propició la imagen inglesa de una Alemania no tratada de manera equitativa. Y, después aunque su saldo de estereotipos fue sepultado en el olvido, algunos apuntaron durante las polémicas en torno al «appeasement», para florecer de nuevo una vez comenzadas las hostilidades de la II Guerra Mundial<sup>77</sup>.

Todos, contemporáneos e historiadores, coinciden en señalar que el hecho capital de la I Guerra Mundial fue su duración, los cuatro largos años con los que nadie había contado<sup>78</sup>. Si ésto obligó a concentrar los esfuerzos, haciendo una guerra total, también concedió una importancia especial a la propaganda, encaminada a mantener la cohesión y el entusiasmo iniciales, que habían perecido en las calamidades del invierno de 1916 a 1917, sino antes<sup>79</sup>. La propaganda, por lo tanto, era necesaria. Primero se organizó con cierta improvisación en un «Press Bureau», bajo el control parlamentario, y en varias oficinas ministeriales, relacionándose a través de intermediarios con la prensa. A finales de 1916 ya existía un «Departamento de Información del Foreign Office», que agrupará en torno suyo a los directores y propietarios de los periódicos

---

perador alemán había pronunciado un discurso donde puso como ejemplo de comportamiento para sus soldados, a los hunos y a su rey Etzel (el Atila de la saga de los Nibelungos). La posterior publicación en la prensa socialdemócrata de las llamadas «cartas hunas», donde se relataban los excesos cometidos por el ejército en China, y la polémica mantenida en la opinión y en el Reichstag amplificó más el desliz del monarca, dándolo a conocer a toda Europa, incluida naturalmente Inglaterra y su prensa de masas, que aprovechó la ocasión, (ver «Hunnenbriefe», en el *Historisches Schlagwörterbuch* de O. LADENDORF, Strasbourg, 1906, con referencias de prensa, p. 130 ss.).

<sup>77</sup> Por citar sólo un detalle: Vansittart, famoso funcionario del Foreign Office, comienza su serie de charlas radiofónicas de guerra con la imagen de Alemania como un águila que se transforma en un «butcher-bird» (*Black Record: Germany Past and Present*, London, 1942), imagen que había sido uno de los temas del libro de B.C. SHERIDAN antes citado, cuyo capítulo tres se titula «The Eagle who became a Vulture» p. 20 ss. Por no anticipar que hasta el calificativo «hunos» será esporádicamente resucitado en los años treinta, como decía un funcionario inglés en 1936, «the lower classes do not think. They just remember the war and the believe that Huns will always be Huns», en Raymond Postgate y Aylmer Valance, *Those Foreigners*, London, 1937, p. 18.

<sup>78</sup> A.J.P. TAYLOR, *o. cit.*, pp. 528-532.

<sup>79</sup> «... idealism perished on the Somme. The enthusiastic volunteer were enthusiastic no longer. They had lost faith in their cause, in their leaders. The war ceased to have a purpose... After the Somme men decided the war would go on forever», A.J.P. TAYLOR, *A History of the First World War*, New York, 1963, p. 83.

dicos más importantes, y terminará centralizando todo el trabajo de propaganda<sup>80</sup>.

Por lo que hace al contenido y métodos de esta propaganda, su premeditada confusión entre información y propaganda, y la difusión de noticias falsas o distorsionadas, han hecho que la época fuese calificada algunos años después «como el período más ignominioso de la historia del periodismo»<sup>81</sup>. Infundios como el «Kadawerverwertung-sanstalt» del que informó el *Times* el 16 de abril de 1917, los alemanes habrían utilizado los cadáveres de sus propios soldados para obtener glicerina, y el tratamiento en titulares que le dedicó el *Daily Mail* al día siguiente («Hun Ghouls: Oil, Fodder and Dividens from the Death»), han quedado como muestras antológicas de las mentiras de la propaganda de guerra, por no hablar de los niños con las manos cortadas por los machetes alemanes o abandonados a su suerte entre las llamas...<sup>82</sup>.

Claro está, terminada la guerra «los públicos descubrían el enorme engaño a que habían sido sometidos», y ésto en el caso inglés no dejaría de repercutir sobre la imagen tradicional del alemán, transmitida por acumulación de tópicos desde los noventa del pasado siglo y potenciada hasta la exasperación en el estereotipo de los años de guerra. La gente se preguntó qué había de verdad en todo aquello, y concluyó pensando que todo había sido mentira y que los alemanes eran un pueblo como los demás<sup>83</sup>.

Concluidas las hostilidades, al principio la inercia de la propaganda desatada durante la guerra obstaculizó la recuperación de la imagen de

---

<sup>80</sup> Para la organización y consecuencias de la propaganda, ahorra otras referencias, el artículo de J. Timoteo ÁLVAREZ, «Elementos para una reinterpretación histórica del siglo XX: el caso de la información-propaganda en Gran Bretaña 1914-1918», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, (1983), CLXXX, p. 149-183.

<sup>81</sup> Como dice W.B. THOMAS, *Falsehood in Wartime*, London, 1928, citado en J. Timoteo Álvarez, art. cit. p. 168.

<sup>82</sup> Estos y más ejemplos de «the war of words» en Alice Goldfarb Marquis, «Words as a Weapons: Propaganda in Britain and Germany during the First World War: *Journal of Contemporary History*, 1978, n.º 13, pp. 467-468.

<sup>83</sup> TERRANCE L. Lewis en su obra *A Climate for Appeasement*, New York, 1991, concluye en cierto momento, con el siguiente párrafo: «What perceptions could a typical person on the British home front be expected to have remembered out of the mass of unofficial and official propaganda which was dumped on the British public during four years of war? One of the major themes had been that the Germans were bar arians as well as hypocrites. Little wonder that Lloyd George won an election during the first flush of victory on the theme of «Hang the Kaiser» as well as that «Building Homes fit for Heroes». Neither should it be unexpected to the historian that later there would be a reaction against the propaganda, turning the Germans into people, «just like us», p. 19-20.

las «dos Alemanias» que era necesaria para valorar la revolución de noviembre de 1918. Es verdad que Lloyd George y otros políticos habían manifestado varias veces la necesidad de separar las castas dominantes y el pueblo alemán, pero en general la clase política inglesa se resistió a mostrarse demasiado comprensiva en público con el pueblo alemán por el riesgo que esto suponía frente a una opinión pública enardecida por las campañas de prensa. Pero, incluso de puertas para adentro el mismo gobierno se había visto en aprietos a la hora de distinguir operativamente entre las «dos Alemanias». Sus servicios de inteligencia e información, entre los que se contaban varios historiadores, aun convencidos de la necesidad de efectuar tal distinción, tropezaban con dificultades para significar las alternativas políticas. A sus ojos, por ejemplo, el partido reformista por excelencia, la socialdemocracia alemana, era una personificación del prusianismo: «Next to the german Army (there is) nothing more Prussian than German Social democracy», de tal manera que llegó a concluirse que el sistema no estaba amenazado porque encarnaba modos de comportamiento y objetivos políticos que eran aceptados por la mayoría de la nación alemana. A los políticos reformistas les faltaba energía y constancia para modificar una constitución no parlamentaria. Los políticos alemanes considerados anglófilos en Gran Bretaña se calificaban demasiado intelectuales «dangerus clever», sosteniéndose que lo que Alemania necesitaba era un nuevo Bismarck capaz de arrostrar la impopularidad que supondrían las necesarias reformas<sup>84</sup>. A la vista de todo esto no es de extrañar la interpretación inicial del proceso de democratización y parlamentarización del Reich iniciado en octubre de 1918. Para el gobierno inglés se trataba de una maniobra de enmascaramiento, que incluso de ir más allá no resolvía nada, ya que la raíz del mal estaba no en la forma constitucional, sino en el «spirit of the nation». La desconfianza se mantuvo incluso después de la revolución de noviembre<sup>85</sup>.

En principio la orientación de la política británica en los primeros años veinte propiciaba y aun suponía un cambio en la imagen de la vencida Alemania. Efectivamente, el llamado «primer appeasement» de Lloyd George «has a shrewd policy, designed to end the division of

---

<sup>84</sup> Seguimos el estudio que ha realizado Joachim Kuropka de las series de informes de los servicios de información e inteligencia entre 1917 y 1918, en *Image und Intervention. Innere Lage Deutschlands und britische Beeinflussunstrategien in der Entscheidungsphase des Ersten Weltkrieges*, Berlin, 1978

<sup>85</sup> Harm MÖGENBURG, *Die Haltung der bristischen Regierung zur deutschen Revolution, 1918-1919*, Hamburg, 1975, p.129 ss.



Europe into the warring camps of 1914»<sup>86</sup>. Por lo que hacía a Alemania, la nueva política, que lleva a la Conferencia de Génova de 1922, se apartaba del orden establecido en Versalles en la medida que daba muestras de una mayor comprensión y equidad. Al año siguiente de Génova, la ocupación del Ruhr por los franceses, no sólo contribuyó a popularizar la crítica al rigor de las estipulaciones de Versalles, crítica hasta entonces limitada a círculos restringidos<sup>87</sup>, creó además un clima de comprensión respecto al revisionismo alemán que influyó mucho en la indulgencia que se tuvo frente a las primeras andanzas nacionalsocialistas en política exterior. Por otra parte, y dado que «las imágenes de otro país también dependen de la relación que guardan con las de los demás», que existe un «sistema formado por las interrelaciones» entre ellas<sup>88</sup>, esta rehabilitación de Alemania en la opinión puede apreciarse también a través de la modificación que sufrió la imagen de Francia. Por eso, en este caso resultan muy ilustrativas las páginas de las memorias de un famoso periodista francés de la época, que evocando estos años, ofrece un cuadro muy vivo de la recuperación de aquella «otra Alemania» que en la I Guerra Mundial muchos ingleses habían olvidado. «La victime du traité de Versailles et des réparations lunaires, la nation à qui on refusait l'égalité des droits, la patrie de Goethe, de Kant et de Wagner, comment, pensaient presque tous les Anglais, pouvait-on la traiter en paria?. Elle si sérieuse, en face d'une France si frivole et si inconstante». «Sauf dans une partie de l'aristocratie et de l'armée, des vieilles filles qui nourrissent les oiseaux blancs de la Tamise aux universitaires gauchissants, en passant par la classe moyenne des —travailleurs en col blanc— la Grande-Bretagne avait, après 1918, éprouvé à l'égard de l'Allemagne un grandissant complexe de culpabilité. Non d'avoir abattu le Kaiser et le grand État-Major prussien, ce qui était légitime, mais de s'être ensuite montrée incapable de réhabiliter un peuple victime de ses dirigeants». Y concluía con cierta amargura «la France était aimée mais l'Allemagne restait admirée et respectée»<sup>89</sup>.

<sup>86</sup> M. GILBERT, *Roots of Appeasement*, London, 1966, p. 159-60.

<sup>87</sup> Hasta 1923 la crítica decidida de Versalles apenas rebasaba la «Union of democratic Control», de cuño pacifista, y los medios próximos a Keynes, autor en 1919 de la famosa *The Economic Consequences of Peace*, o las columnas del *Manchester Guardian*, único periódico que desde el principio combatió los tratados, ver MacCallum, *Public Opinion and the Last Peace*, Oxford, 1944, p. 171 y ss.

<sup>88</sup> G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA. «Imaginación y Relaciones Internacionales», *Hispania...*, p.

<sup>89</sup> Paul-Luis BRET, *Au jeu des événements. Mémoires d'un journaliste. London-Alger, 1929-1944*, Paris, 1959, p. 4.

Pero no eran solamente los imperativos de la política exterior, los ingleses también tomaban nota de que en la misma Alemania las cosas habían cambiado. Aunque atenta en principio a cualquier indicio de restauracionismo monárquico, la prensa en general acogió bien a la república de Weimar, hasta extremos entusiastas en el caso del *Manchester Guardian*<sup>90</sup>. Como síntoma del cambio se juzgó el hecho de que en 1923 el putsch de Hitler, al que se consideraba manejado por las viejas castas de junkers y militares, tuviese que escenificarse en Baviera, atrasada económicamente y políticamente conservadora, ya que un escenario tradicional, como la vieja Prusia, estaba a salvo en manos de un gobierno socialdemócrata<sup>91</sup>. Incluso Prusia se convirtió paradójicamente al final en una esperanza: cuando comienza el ascenso del nacionalsocialismo a partir de las elecciones de septiembre de 1930, el *Daily Telegraph*, por ejemplo, llega a tranquilizar a sus lectores, evocando la fortaleza precisamente del gobierno prusiano del socialista Otto Bauer, en el poder desde hacía doce años y con una administración y una policía que habían sido depuradas desde 1920. En vísperas de la catástrofe final la imagen de Alemania se complicaba así con la para muchos paradoja de que el Estado que encarnaba habitualmente a la «otra Alemania», la militarista, había terminado convirtiéndose en lo que parecía la garantía más firme de la Alemania republicana<sup>92</sup>.

En cierta manera cada uno vió en la Alemania de Weimar lo que respondía a la interpretación que se hacía de ella: los laboristas a la potente organización de la socialdemocracia y al movimiento sindical, los liberales una constitución parlamentaria y garantista de los derechos fundamentales, para muchos intelectuales un campo de experimentos liberado de tabues. Aunque todo esto no excluía la persistencia de estereotipos frente a lo que se creían viejas maneras de comportarse o la crítica frente a los que se juzgaban nuevos modos y licencias de la democracia parlamentaria a la alemana<sup>93</sup>.

---

<sup>90</sup> Sobre la postura de este periódico en la época de Weimar, que hasta 1933 publicaba en Berlín una edición europea, el *Manchester Guardian Weekly*, ver G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA. *Opinión...*, o. cit., t. I, p. 275-76.

<sup>91</sup> Morgan Philip PRICE, *Germany in Transition*, London, 1925, Price fue miembro del Partido Laborista, y corresponsal del *Daily Herald* en Berlín de 1919 a 1924.

<sup>92</sup> Jacques Droz ha llamado la atención sobre un hecho que sólo era contradicción para los que juzgaban a Prusia con los estereotipos al uso, «Prusse et prussianisme dans la République de Weimar», en *Weimar ou l'explosion de la modernité*, ed. por G. Raullet, 1984, p. 23-29.

<sup>93</sup> De lo primero es buena muestra el calificativo de «junker» aplicado por ejemplo a Stresemann, de lo segundo las críticas a la «rigid party discipline» y a los «strange bedfellows» que producía la complicada política de coaliciones, el «cattle trading», que a veces se daba

Pero también estaban los guardianes de la vieja imagen de la Alemania prusiana y militarista y que juzgaban mera apariencia la nueva. Muchos eran celadores de la doctrina de Sir Eyre Crowe, quien en 1907 había definido para generaciones de funcionarios del Foreign Office la «German Menace»<sup>94</sup>. Estos políticos o publicistas no esperaron a Hitler para denunciar la verdadera naturaleza de Alemania. «a sure way of seeing ahead» decía en estos años uno de ellos, «is to look back», y esta mirada hacia atrás desvelaba la continuidad de «the German spirit» de los Hohenzollern a la república de Weimar<sup>95</sup>. Y aquí la cita inevitable de un Churchill, entonces no muy considerado en la opinión, quien en el mismo año de paz que fue el del tratado de Locarno no vacilaba en hablar de unos alemanes «inspired by the fiercest sentiments and the soul of Germany smoulders with dreams of a War of Liberation or Revenge», dispuestos a restaurar la hegemonía prusiana y aun la monarquía<sup>96</sup>. Para todos esos funcionarios o políticos, Alemania no había cambiado, a lo más su auténtica naturaleza y apetencias «are restrained at the present moment only by physical impotence», como concluía Churchill en el pasaje citado.

Por último, la combinación de «guilt complex» por Versalles con la estabilidad que ofrecía la república de Weimar a partir de 1923<sup>97</sup>, favo-

---

directamente en su expresión alemana de «Kunhandel». También parte de la prensa y los intelectuales no dejaban de expresar reservas frente a las audacias y vanguardismos de la sociedad y la cultura weimariana. Pero, en definitiva todo esto no dejaba de atestiguar a ojos de la opinión que Alemania era otra, ver G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Opinión... o. cit.*, p. 233-241; 288-304.

<sup>94</sup> Crowe había sacado las consecuencias del antagonismo anglo-germano de finales de siglo en un memorandum donde, al lado de «la definición de los principios históricos de la política británica», se contiene un análisis de los objetivos de la política alemana basándose en una profusión de las citas del Kaiser Guillermo II que más podían inquietar a los ingleses (todavía en 1939 Harold Nicholson calificaba este análisis de «sutil» en su *Diplomacy*, traducción México, 1948, p. 121-122). En la época de entreguerras el memorandum seguía siendo lectura habitual entre los funcionarios del Foreign Office, con los resultados que pueden verse en el caso de Vansittart, Martin Gilbert y Richard Gott, *The Appeaser*. London, 1963, p. 23.

<sup>95</sup> La cita es de Vansittart en *The Mist Procession. The Autobiography of Lord Vansittart*. London, 1958, p. 405 y 419. Este diplomático fue subsecretario permanente de Exteriores de 1929 a 1937, a pesar de sus esfuerzos no logró influir sensiblemente en la opinión hasta visiones de la II Guerra Mundial, G. Martínez de Espronceda, *Opinión Pública y Relaciones Internacionales*, o. cit., t. I, p. 241-250.

<sup>96</sup> W. CHURCHILL, *Thoughts and Adventures*, London, 1932, p. 249.

<sup>97</sup> Hoy los historiadores saben, como dice Winkler, que la estabilización tras 1923 no significaba la desaparición de los peligros que amenazaban a la democracia alemana por parte de «la otra Alemania», pero en la época el alivio en comparación con los años anteriores fue grande, Heinrich August Winkler, *Weimar 1918-1933*, München, 1993, p. 304-305.

reció la revisión de la imagen de la historia alemana. Es verdad que también hubo autores, como Namier, que no modificaron sus puntos de vista, pero la mayoría siguieron el ejemplo de una autoridad como G.P. Gooch en su esfuerzo por reivindicar al pueblo alemán<sup>98</sup>. De las publicaciones de divulgación histórica, el género que aquí más nos interesa para el tema, la más reeditada desde su publicación en 1927 fue la titulada *Europe in the Nineteenth and Twenty Century*, de Harold Temperley y James A. Grant<sup>99</sup>.

En la conclusión de este manual los autores, recogiendo un sentimiento dominante entonces, rechazan la Paz de Versalles como solución aceptable y realista del problema alemán: «The idea that a nation, so rich in man-power, in scientific knowledge and in human energy, can be penned within a cage, ought to be dismissed as absurd. And it is because that idea was entertained and promoted by the Treaty of Versailles, that instrument has become impotent for good uses»<sup>100</sup>. En las páginas que anteceden a estas líneas han desaparecido todas las exageraciones y distorsiones producto del ambiente de los años de la contienda europea. De nuevo como en Carlyle, los autores se esfuerzan en comprender a Prusia. Temperley y Webster consideran a Prusia como un «Frugal State», condicionado por sus fronteras abiertas con poderosos vecinos, y no olvidan la tradición de los grandes reformistas de comienzos del siglo XIX, que habrían hecho de ella un estado moderno, «remarkable for efficiency and intelligence». Aunque se mantiene la crítica a la subordinación apolítica de los alemanes al poder del Estado<sup>101</sup>, se reconoce también que mucho de lo que significó la Revolución francesa terminó incorporándose a la sociedad alemana. De esta

---

<sup>98</sup> En el prólogo de su *Diplomatic Prelude*, London, 1948, Namier dice que ya en los años veinte, predijo con seguridad matemática que el resultado no podía ser otro que el que fue; G. P. Gooch, por el contrario, defendió al pueblo alemán conciliado con su República en *Germany*, London, 1925, p. 356-358.

<sup>99</sup> Temperley se había esforzado en dar memoria histórica a los políticos: En 1923 había publicado con C.K. Webster un opúsculo titulado *The Congress of Viena 1814-1815 and the Conference of Paris 1919*, donde al contraponer el trato conciliador de las potencias en Viena con la dureza de las discriminaciones de Versalles, le echaba en cara a Clemenceau que para él la historia «sólo comenzaba en 1870», y a Lloyd George que «no tenía idea de la historia». John D. Fair ha demostrado con un cuidadoso cotejo de textos que años después Chamberlain corroboraría sus ideas sobre el «appeasement» al entroncarlas con la tradición diplomática, que conoció gracias al estudio de Temperley sobre la política exterior de Canning, en «The Chamberlain-Temperley Connection: Munich's historical Dimension», *Historian*, 1985, n.º 48 (5), p. 1-23.

<sup>100</sup> TEMPERLEY, *o. cit.*, p. 686.

<sup>101</sup> TEMPERLEY, *o. cit.*, p.10; pp. 138 ss.

manera, si en la época de Federico II el Estado estaba dominado por una clase feudal, que nombraba oficiales y funcionarios, con una débil clase media sometida y una población de «serfs who acted as food for powder or for labour», en 1848 sólo había ciudadanos libres, «better educated, better disciplined, more enterprising and efficient than in any Germany»<sup>102</sup>.

La fatalidad aquí se sigue llamando Bismarck; seducidos por sus triunfos los alemanes renunciaron a la parlamentarización: «Parliamentary ideals were defeated and discredited. Germany entered on that road which led her through amazing triumphs in battlefield and the council chamber to the ideals of the late Kaiser to the Great War, and so the Treaty of Versailles...». Los alemanes comenzaron así el nuevo siglo sin «the parliamentary habit of mind» y así llegaron hasta 1914<sup>103</sup>.

Pero lo que importa para el tema que nos ocupa, es que para los autores el problema alemán consiste en un retraso político que en absoluto supone una condena moral<sup>104</sup>. Se supone, en consecuencia, que los alemanes, una vez proclamada su República y realizado su aprendizaje democrático, son capaces como cualquier otro pueblo de integrarse en la comunidad europea<sup>105</sup>.

La imagen de Alemania naturalmente iba a cambiar a partir de 1933. De todos modos entre septiembre de 1930 y la llegada de Hitler al poder en enero de 1933 la prensa británica de masas, y aun la de calidad (a excepción del *Times* y del *Manchester Guardian*), muy ocupadas en los problemas propios, solo prestan atención de manera intermitente a la cuestión alemana. La mejor muestra de que la imagen de Alemania todavía no ha experimentado cambios profundos es la facilidad con que la prensa confunde las realidades germánicas con las experiencias británicas. De esta manera, aunque la personalidad de Hitler no

---

<sup>102</sup> TEMPERLEY, *o.cit.*, p. 187.

<sup>103</sup> TEMPERLEY *o.cit.*, p. 315. «The parliamentary habit of mind was not possessed by the Germans in 1870, and there was not much sign of his having developed one by 1914. The average Reichstag member varied between blind obedience and factious opposition to the Government», p. 352.

<sup>104</sup> Cosa que resulta todavía más evidente, si se tiene en cuenta que Temperley y Grant exculpan a Alemania de ser la única responsable de la guerra, que consideran una consecuencia del sistema de alianzas y de la desconfianza entre las potencias: «At last what so many had feared had come about. The ambitions, the fears and the hatreds of the two groups had plunged the world in the darkness. -The guns went off by themselves», p. 445.

<sup>105</sup> Asunto que especialmente Temperley defendía en su condición de activista de la «League of Nations Union». ver Donald S. BIRN, *The League of Nations Union 1918-1945*, Oxford, 1981, p. 139ss.

deja de desconcertar, como no podía ser menos<sup>106</sup>, la idea de una coalición gubernamental con la inclusión de dirigentes nazis no solo se consideraba necesaria, dada la aritmética parlamentaria, sino conveniente para sanear el partido y propiciar en Alemania un gobierno de concentración nacional a la manera de MacDonald en 1931<sup>107</sup>.

Una vez llegados al poder los nacionalsocialistas, la imagen de Alemania va a experimentar reajustes en sus componentes: Hitler su partido y las élites tradicionales, y el pueblo alemán.

Al principio el régimen tal como se percibe en la opinión, no encaja en la imagen que se había ido formando de Alemania, tanto para el laborista *Daily Herald*, por ejemplo, como para el conservador *Observer*: un régimen dictatorial no era compatible con una nación moderna y democrática, Alemania no era Italia<sup>108</sup>. Pero el régimen se afianzó con las elecciones del 5 de marzo, y el 21 del mismo mes esposó con la memoria histórica alemana en la ceremonia de la Garnisonskirche de Postdam, cuando el anciano Presidente Hindenburg y el recién nombrado canciller Adolf Hitler depositaron coronas de laurel sobre los sepulcros de los reyes prusianos. Una lograda escenificación del hermanamiento de la vieja Prusia y la nueva Alemania «Über all dem», decía con germánica grandilocuencia Joseph Goebbels, se encuentra el sol eterno y

---

<sup>106</sup> Entre otras muchas, la caracterización del dirigente nazi que hace el *Manchester Guardian* después de las elecciones de Septiembre de 1930 que dan más de seis millones de votos al NSDAP: «peculiar emotional nature, which combines a kind of Austrian wizardry with an operate quality, and perhaps a dash of Negro revivalism» (29.9.1930). E incluso en enero de 1933, antes de que Chaplin parodiase a Hitler, la prensa inglesa hacía de Hitler un Charlot, el *Daily Herald* describe «a stubby little Austrian, with a flabby handshake, shifty brown eyes and a Charlie Chaplin moustache. What sort of a man is this to lead a great nation?» (31.1.1933).

<sup>107</sup> «All the same, decía el *Times*, from the point of Parliamentary convenience, there are strong arguments in favor of including in the Government leading representatives of the party which commands the largest number of votes... It is further urged that if this satisfaction were given to Nazi claims, it would strengthen the hands of the leaders, who are now plainly anxious to restore the discipline of the movement and to prevent it from degeneration into sheer ruffianism» (8.8.1932). J.L. Garvin, del *Observer*, ya se había referido expresamente al ejemplo inglés al defender un gobierno de coalición nacional con participación de los nazis como alternativa a la solución de von Papen en junio de 1932 (*The Observer*, 5.6.1932), ver también G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Opinión...*, o. cit., t. I, pp. 216-217.

<sup>108</sup> «For our part we cannot conceive that a great nation like the German will lightly consent to return to helotry, nor that they will yield to a tyranny which has gained temporary ascendancy among peoples less firmly rooted to democracy and freedom of speech» *Daily Herald*, 24.2.1933; por su parte el *Observer* concluía un razonamiento parecido diciendo «... Germany is not Italy and never can be ruled for long by the same means...», *Observer*, 5. 2.1933.

la mano de Dios está invisible bendiciendo sobre la gris ciudad de la grandeza y el deber prusiano, «liegt die ewige Sonne, und Gottes Hand steht unsichtbar segnend über der grauen Stadt preussischer Grösse und Pflicht»<sup>109</sup>. Parecía llegado el momento de explicarse, tanto para los detractores de lo alemán, como para los exégetas comprensivos. Hasta el gobierno inglés, que se había negado repetidamente a dedicar un debate en los Comunes a la cuestión alemana, se decidió a hacerlo dos días después de la ceremonia de Postdam.

En un principio la prensa inglesa, dada la opinión que tenía mayoritariamente sobre Hitler, no veía más relación posible con el prusianismo que la de servir de pasarela para una restauración de la monarquía, como por ejemplo decía el *Daily Herald*: «With the appointment of Adolf Hitler, the former house painter as Chancellor of Germany, the way is dramatically prepared for the return of the ex-kaiser»<sup>110</sup>. Por lo demás, causaba escándalo la idea de que Hitler ocupase un lugar que otrora había sido el de Bismarck, a salvo para muchos publicistas de la condena de la política alemana de fines de siglo, y esto se interpretaba como muestra de la degeneración política de Alemania<sup>111</sup>. La nota discordante la dio el *Times*, que aprovechó Postdam para, a la par que ratificar su idea de Hitler como un político revisionista moderado, aclarar la relación de la «nueva Alemania» con el prusianismo «it is clear that the circumstances and the ideal of this age differ entirely from those of the 18th century, and it is fair to presume that in seeking inspiration from the example of the famous conqueror the rulers of modern Germany intend to supply the lessons to wholly different purposes... In all this there is nothing yet to show that the new Chancellor intends to be immoderate in his foreign policy», por eso, «The new spirit of Potsdam will be innocuous to the rest of the world if it implies only a resurrection of German selfrespect»<sup>112</sup>.

De manera completamente distinta juzgó el liberal *Manchester Guardian* el «new prussianism», quien después de ironizar sobre lo que habría pensado un monarca tan escéptico como Federico el Grande del cúmulo de confusiones, filias y fobias en que consistía el credo hitle-

---

<sup>109</sup> *Joseph Goebbels Tagebücher*, ed. por R.G. Reuth, München, 1992, T. II, P.783.

<sup>110</sup> *Daily Herald*, 31.1.1933

<sup>111</sup> «...It is an amazing turn of the wheel that has brought a man born in utter obscurity, with no prospects but those of an artisan, and a German citizen only by adoption, to the office once held by Bismarck. But merely to mention that towering name is to call up a vision of all the immense tragedy of Germany's political degeneration...», *Daily Telegraph*, 31.1.1933.

<sup>112</sup> *Times*, 23.3.1933.

riano, concluye que, «President von Hindenburg had spoken of the —Old Spirit of Prussia—. The Prussian spirit has an evil name outside Germany. Let there be no mistake, it has deserved it... Can Hitler's Germany rise above the narrow nationalism which he himself has preached?... The world will watch his foreign policy anxiously. The methods by which he procured his victory like the methods by which it was celebrated, are as ominous as the men by whom he is surrounded. Does he bring peace or war?»<sup>113</sup>.

Tres días después de Postdam, la ley de plenos poderes causó una impresión tan fuerte en la opinión inglesa que sorprendió al mismo Hitler<sup>114</sup>. La imagen de la Alemania de Stresemann y Brüning se desmoronaba, se enajenaban las simpatías que había despertado en Gran Bretaña decía a la semana siguiente el *Observer*, que remataba su comentario con una comparación histórica que desmarcaba a Hitler de la política de equilibrio de Bismarck, juzgándolo una versión agravada del aventurerismo guillermino de fin de siglo: «The sort of diplomatic damage which took ten years for the Kaiser and Bülow to bring about has been accomplished by the Nazis in a few weeks. Nothing in the world could be less like Bismarck's methods and once more the Iron Chancellor turns in his grave...»<sup>115</sup>. En los meses siguientes incluso el *Manchester Guardian*, un simpatizante fiel de la República de Weimar, después de asombrarse de la rapidez con que un país gobernado democráticamente se sometía a una dictadura, concluía que la República se había hundido, no tanto por la conjura de los nacionalsocialistas y los junker, como por la falta de confianza en sí mismos de los alemanes<sup>116</sup>. La imagen de Alemania volvía a ser, como en el pasado siglo, la de un país políticamente inmaduro. Pero el grado de enajenación de la opinión inglesa por lo que hacía a la política alemana, ya bastante considerable a partir de los excesos antisemitas, alcanzó su culmen con los sangrientos sucesos del fin de semana del 30 de junio de 1934, «la noche de los cuchillos largos» que fue la purga de las SA de Röhm. Para diversos periódicos la «Röhm-Revolt» fue una muestra de lo extraña que podía ser la mentalidad alemana para los ingleses. El *Times* consideraba el asesinato de enemigos políticos algo tan anacrónico que sólo podía com-

<sup>113</sup> *Manchester Guardian*, 22.3.1933.

<sup>114</sup> G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Opinión...*, o. cit., t. II, pp. 364-369.

<sup>115</sup> *Observer*, 9.4.1933.

<sup>116</sup> «German democracy failed because it was not a fighting democracy because it had no faith, and it was not a fighting democracy because it had no faith, because it was not inspired». *Manchester Guardian*, 30. 6.1933



prenderse remitiéndose a la Edad Media y a las tragedias de Shakespeare, en conclusión: «Germany has ceased for the time being to be a modern European country. She has reverted to medieval conditions... In other countries, and especially in Great Britain, the reports were received at first with incredulity by all who did not realise how completely the common standards have ceased to apply in Germany... London playgoers, with the bloody intrigues of Ricard III fresh in their mind, felt as they read the story that, as in the theater so now in actual life, they had been transported straight back into the times of the Wars of the Roses... During the next few years there is more reason to be afraid for Germany than to be afraid of Germany. For this country at all events there is a very plain lesson to remain faithful to our old method of Government by persuasion to shun all short cuts and violate remedies, and to recognize the dangers inherent in all quasimilitary organizations for the pursuit of political ends»<sup>117</sup>.

Para todos aquellos que desde el principio no habían comulgado con la imagen de la «otra Alemania», de la Alemania democrática, que no distinguían demasiado entre la moderación de Bismarck y el imperialismo de Guillermo II, no había mucho que explicar. Algunos incluso afirmaban que no había habido cambios, que, de Bismarck a Hitler, pasando por Weimar, Alemania era siempre la misma<sup>118</sup>. Churchill aprovechó el debate de marzo del 33 en los Comunes sobre Alemania para llamar la atención sobre «the tumultous insurgence of ferocity and war spirit» que surgía precisamente en «in one of the most gifted, learned, scientific and formidable nation in the world», lo que la hacía enormemente peligrosa<sup>119</sup>. Días después en la misma cámara se pronunció un discurso que marcó la opinión profundamente. Sir Austen Chamberlain, el artífice del Tratado de Locarno con Stresemann, renunciaba a continuar la revisión de los tratados ante la resurrección del viejo espíritu prusiano contra el que había luchado en la guerra del 14: «The long history of this country has in one sense been a history of the revision of Treaties. Is this time to talk of revision with what has been happening in Germany before our eyes?... What is this new spirit of German Nationalism?. The worst of the all-Prussian Imperialism, with an added savagery, a racial pride, an exclusiveness which cannot allow to any fellow-subject not of «pure Nordic birth» equality of rights and

---

<sup>117</sup> *Times*, 3.7.1934.

<sup>118</sup> VANSITTART, *Lessons of my Life*, London, 1943, pp. 175-7.

<sup>119</sup> *House of Common Debats*, v. 287, col. 542 (23.3.1933).

citizenship within the nation to which he belongs. Are you going to discuss revision with a Government like that?»<sup>120</sup>.

Y al final, y conforme Hitler iba mostrando sus cartas en política internacional, para muchos ingleses la imagen de Alemania terminó confundándose con la de Prusia, y el nacionalsocialismo resultaba ser solo un «prussianism supercharged by nazismus», una variante vulgar del expansionismo militarista de siempre. Para otros, además, esta variante por muy vulgar y plebeya que fuese, no dejaba de ser el resultado de una culpable trayectoria de pensamiento que no perdonaba a ninguna gran figura de la historia alemana. H. Wickham Steed, gran periodista y profesor de historia después en el King's College de Londres, se encargó de desarrollar y popularizar esta idea<sup>121</sup>. La fuerza del dictador, viene a decir el periodista y profesor, consiste precisamente en su falta de originalidad, ya que los elementos de su ideología no son otros que los de una tradición que se remonta a Hegel, Fichte, Herder, Görres, Kant, y un largo etcétera, que llega hasta Wagner o el geógrafo Ratzel. Lo que Hitler proclama son los «objetivos eternos» de los alemanes: «From Fichte to Hitler the line is straight. It led to the Great War, which Germany waged for the mastery of Europe and, indeed, of the world; and it is a line that will again lead to war if the direction in which it runs be not understood, and blocked, in time»<sup>122</sup>.

Vansittart fue el que llegó más lejos en la identificación del nacionalsocialismo con lo alemán, rebasando la crítica de las intransigentes élites dirigentes o de las corrientes de pensamiento, para condenar globalmente el carácter nacional como responsable último. Para Vansittart no se trata solo de Hitler, del nacionalsocialismo o del prusianismo, se trata de un pueblo de carácter agresivo y militarista que como masa es siempre una «brazen horde», «the German, concluye el diplomático inglés, is often a moral criature; the Germans never; and it is the German who count. You will always think of Germans in the plural if you are wise»<sup>123</sup>. Aunque las tesis de Vansittart fueron en su momento recha-

<sup>120</sup> *House of Commons Debats*, v. 287, col. 2757, (13.4.1933).

<sup>121</sup> Aparte de su inquieto curriculum como periodista, fue editor del *Times* hasta 1922, en los años treinta desarrolló una importante actividad como conferenciante, articulista y comentarista político de la BBC (ver G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA: *Opinión...*, o. cit., t. I., pp. 258-262).

<sup>122</sup> Citamos por el texto de la conferencia de mayo de 1938, «From Frederik the Great to Hitler: The Consistency of Germans aims», que fue publicado en *International Affairs*, 17 (1938), p. 655-681, 673.

<sup>123</sup> *Black Record. Germans Past and Present*, London, 1941, p. 18. Este panfleto recogía una serie de charlas radiofónicas en la BBC y tuvo gran difusión, siendo reeditado catorce veces en dos años.

zadas por muchos, y especialmente por la izquierda laborista<sup>124</sup>, contribuyeron en gran medida a la imagen de Alemania que quedó en la opinión como saldo inmediato de la II Guerra Mundial.

Una vez comenzada la guerra suele admitirse que la imagen de Alemania que se impone unánimemente en la opinión, por lo menos desde mayo de 1940, es la que corresponde a los anti-appeaser, la de Churchill o incluso la de Vansittart. Pero en un aspecto coincidía esta imagen con la que defendían los partidarios del apaciguamiento frente a Hitler, en lo que podríamos llamar su cara interior. Tanto unos como otros, si prescindimos de algunos coqueteos políticos o de algunas notables excepciones<sup>125</sup>, condenaban al régimen dictatorial, aunque ambos tendían en puridad a considerarlo una cuestión que atañía sólo a los alemanes. Lo que sucedía es que de esta situación extraían distintas conclusiones por lo que hacía a la política exterior, como es sabido los primeros juzgaban que sólo una política firme frente a las exigencias nazis podía garantizar la paz, los otros en cambio creían que eso sólo podía conseguirse en la medida en que se atendiese a la necesaria revisión de los tratados, insistiendo en la voluntad de paz de todos los pueblos, y también del alemán. Y ambos también construían su imagen de Alemania, la interior y la exterior, privilegiando las continuidades históricas y desconociendo, en principio, la naturaleza del nuevo fenómeno político que era el nacionalsocialismo<sup>126</sup>. Es más, para algunos, como decía lapidariamente el novelista y poeta satírico Sir Osbert Sitwell, quizá recordando las simpatías que había manifestado el conservadurismo británico por Mussolini, «It is not Fascism which is wrong, but Germany»<sup>127</sup>.

---

<sup>124</sup> Entre otras muchas réplicas, la de Harold Laski, *The Germans-Are They Human?. A reply to Sir Robert Vansittart*, London, 1941.

<sup>125</sup> Nos referimos al distinguido ambiente del círculo de periodistas y políticos en torno a Lady Astor, «Cliveden Set», o a los panegíricos de la Alemania nacionalsocialista que hace el magnate de la prensa de masas Lord Rothermere a la vuelta de su viaje al Continente, el «Naziland» del que habla en el *Daily Mail* del verano de 1933, o a libros de viajes como los del novelista P. Gibbs, por poner algunos ejemplos. A. SCHWARTZ, *Die Reise ins Dritte Reich*, Göttingen, 1993, p. 214 ss., ver G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Opinión..., o. cit.*, t. I, pp. 201-239.

<sup>126</sup> Es lugar común insistir en la infravaloración del nacionalsocialismo y no sólo por la prensa inglesa en todos los estudios sobre el tema (Granzow, Gannon, Kimmel etc...). Las razones son muy complejas, y en todo caso no resuelve mucho remitirse, como hacen algunos autores que trabajan en nuestro campo, a «un proceso colectivo de reducción de disonancia cognitiva» (R. Meyers), siguiendo a Leon Festinger, *A Theory of Cognitive Dissonance*, Stanford, 1968. Sobre estas cuestiones ver G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Opinión..., o. cit.*, t. I, pp. 21 y ss.

<sup>127</sup> *Left Hand!, Right Hand!*, London, 1944, p.158.

En el campo de la izquierda, incluyendo a los liberales, durante los años de la preguerra no se encuentran nunca condenas globales de Alemania o lo alemán al enfrentarse con el régimen hitleriano. Desde el principio se tendía a distinguir entre el nacionalsocialismo y la historia de los alemanes, pues Hitler, y con él el prusianismo, eran sólo una de las «dos Alemanias», la otra era la representada por la tradición liberal y socialista de 1848 a la República de Weimar. Incluso en la imagen de Prusia se diferenciaba, como vimos, a un Bismarck de un von Bülow. Además, la relación intensa con los exiliados, sobre todo a partir de 1940, hacía que se mantuviese la fe en la persistencia en el interior del país de aquella otra Alemania, que se suponía paciente y resistente<sup>128</sup>. En resumen, como decía un político laborista, no había nada «intrinsic in the nature of the German people», las causas de la dictadura eran «product of German political institutions and of the german Nazi party»<sup>129</sup>. En juicios como este coincidían laboristas y liberales incluso con algunos conservadores. Pero la izquierda del Labour iba más allá, pues para ella la imagen de Alemania era también la de un Estado de clase «fascista», producto, no solo de una crisis alemana, sino de una crisis del capitalismo a secas: Hitler como marioneta de los Krupp, Thyssen y Schacht, «no more than figurehead... the puppet of militarist and industrialists dictatorship»<sup>130</sup>. Para los socialistas más izquierdistas, dentro y fuera del partido, mal podía además padecer la imagen de Alemania víctima de una dictadura del capital que, de acentuarse la crisis general, podía también surgir en la misma Inglaterra<sup>131</sup>.

Por otra parte, con todas las diferencias existentes, en la imagen de Alemania de «appeasers» y laboristas había un elemento común, un pueblo que deseaba la paz. Esto se hizo patente llegado el momento crítico de la declaración de guerra: el laborista Arthur Greenwood agradeció públicamente en los Comunes a Chamberlain que hubiese utilizado una frase extraída de un manifiesto de su partido de hacía un par de días, la de «we have no quarrel with the German people»<sup>132</sup>. Al día

<sup>128</sup> L.J. EDINGER, *German Exil Politics*, Berkeley, 1956, pp.193-198.

<sup>129</sup> BEVAN, citado en T.D. Burridge, *British Labour and Hitler's War*, London, 1976, p. 56.

<sup>130</sup> Así lo proclamó Ernst HENRI en *Hitler over Europe*, citado por Laski en el *Daily Herald*, 29.1.1938.

<sup>131</sup> G.D.H. COLE, «Socialismo y fascismo 1931-1939», *Historia del Pensamiento Socialista*, Mexico, 1963, V.VII, pp. 76 y ss.

<sup>132</sup> «We shall enter this struggle without passion against people. I was glad when the Prime Minister used words which we had used in our official declaration», *House of Commons Debats*, v. 351, col. 131 (1.9.1939).

siguiente el premier dirigió incluso un mensaje personal al pueblo alemán, asegurándole que «in this war we are not fighting against you, the german people, for whom we have no bitter feeling»<sup>133</sup>. De esta manera la guerra se definió secamente como Hitler's War<sup>134</sup>. Tanto en los media tradicionales como en el nuevo representado por la propaganda radiofónica, la «phoney-war», el tono empleado se distanciaba conscientemente de la vehemencia antialemana de la I Guerra Mundial<sup>135</sup>.

La imagen de Alemania se simplificará como la imagen del enemigo sólo a partir de la formación en mayo de 1940 del Gabinete Churchill y a medida que se vaya percibiendo la popularidad creciente de Hitler por sus victorias militares. Pero, incluso antes de esta fecha se advierten síntomas de un cambio de actitud, así en el mes de abril la BBC recibió instrucciones del gobierno en el sentido de que carecía de sentido distinguir entre el partido nacionalsocialista y el pueblo alemán, se trataba de una «non existent distinction»<sup>136</sup>.

La nueva imagen de Alemania, la Alemania de la guerra, debía más a Vansittart que a Madame de Staël, podríamos decir. Esta imagen se generalizó en la opinión no sin resistencias, especialmente entre la izquierda. Para empezar, la actitud laborista frente a la guerra fue mucho más ambigua de lo que han pretendido hacer ver muchos autores de Memorias. El laborismo no se decantó por apoyar sin fisuras el esfuerzo bélico hasta mayo de 1940, cuando Laski declaró que, dada la situación objetiva, una victoria sobre Hitler era una victoria por el socialismo<sup>137</sup>. El paso siguiente consistió en corregir la imagen de Alemania a costa precisamente de sus correligionarios socialistas. En el comité ejecutivo del partido William Gillies, el encargado de la *International Secretary*, presentó un memorandum sobre el papel de la socialdemocracia alemana durante la I Guerra Mundial y ante la toma de poder de Hitler, concluyendo que los socialistas alemanes en los dos casos no habían sido menos nacionalistas y militaristas que el resto de sus compatriotas. El documento fue aprobado después de una violenta discusión y, lo que tuvo más trascendencia, su contenido se hizo público contribuyendo a afianzar la idea de que la responsabilidad por

<sup>133</sup> *The Times*, 5.9.1939.

<sup>134</sup> Editoriales del *Times* del 4.9.1939 o del *Manchester Guardian* del 2.9.1939.

<sup>135</sup> Sobre la «phoney-war». Henry PELLING, *Britain and the Second World War*, London, 1970, p. 51-71 y también Gema MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Opinión..., o. cit.*, t. I, pp. 19 y ss. y t. II pp. 310 y ss.

<sup>136</sup> G. MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, *Opinión..., o. cit.*, t. II p. 312.

<sup>137</sup> K. JEFFERYS, *The Churchill coalition and wartime politics 1940-1945*, New York, 1991.

la guerra no era sólo de Hitler y su partido, sino que se extendía al pueblo alemán<sup>138</sup>.

El gobierno nunca adoptó públicamente tesis sobre Alemania y los alemanes tan extremas como las de Vansittart, cosa que supondría por otra parte hacer el juego a la estrategia propagandística del Dr. Goebbels<sup>139</sup>. Pero en formas más suaves el «vansittartismo», como se le llamaba, impregnó durante el período bélico los medios de comunicación y terminó conformando la opinión, tal como había sucedido con visiones parecidas durante la I Guerra Mundial<sup>140</sup>, en la medida que se tendía a explicar la guerra sobre todo como resultado del carácter nacional de siempre de los alemanes. Incluso entre los expertos de Foreign Office, que asesoraban al Gobierno, y entre los que se contaban buenos conocedores del país y de su historia, dominó la idea de que el nacionalsocialismo no era más que la expresión contemporánea de un intemporal carácter nacionalista y militarista alemán. En un informe encargado por Churchill mediado el conflicto no se decía otra cosa: «National Socialism has been nor more than a special form of organisation of the instincts and capacities of the German people. Other forms of totalitarian organisation almost equally unpleasant and effective may occur, for these instincts and capacities will remain largely what they are...». El autor concluye más adelante, «it would be superficial to regard Hitlerism as likely to remain a menace of the same order as german nationalism and German militarism. These two evils may unite under a new totalitarian cloak». Con estos supuestos no es de extrañar que un tal O'Neill proclamase en otro informe que no había esperanza de que el liberalismo pudiese prender en Alemania concluida la guerra, dada la tendencia del alemán al sometimiento, «it insists on abdication. And it will abdicate to the first party that presents it with an inviting straitjacket»<sup>141</sup>.

<sup>138</sup> BURRIDGE, *o.cit.*, pp. 60 y ss.; Anthony Glee ha documentado el papel que jugaron en esto los exiliados alemanes socialistas, *Exile Politics during the Second World War. The german Social Democrats in Britain*, Oxford, 1982, pp. 212 y ss. Solo Harold Laski y Noel-Baker votaron en contra.

<sup>139</sup> En sus diarios Joseph Goebbels se refiere varias veces a Vansittart, incluso dispuso que el órgano del partido, el *Völkischer Beobachter*, le dedicase un amplio estudio a través de cuatro números del periódico a fin de mostrar a los alemanes la idea que de ellos se hacían los ingleses (*Tagebücher*, ed. citada, vol. 5, 5 de febrero de 1944, p.1975).

<sup>140</sup> En este sentido puede compararse con provecho las ideas de Vansittart con las que dominaban entre los ingleses de 1917 a 1918, en Raymond Postage y Aylmer Vallance, *Those Foreigners*, London, 1937, pp. 11 y ss.

<sup>141</sup> Estos y otros textos del voluminoso trabajo de Lothar KETTENACKER, *Krieg zur Friedenssicherungen. Die Deutschlandsplanung der britische Regierung während des Zweiten Weltkrieges*, Göttingen, 1989.

Para concluir. A comienzos de marzo de 1945, cuando las tropas aliadas se disponían a cruzar el Rhin, un tal van Cutsen, brigadier del ejército inglés y miembro de una «Control Comission for Germany» de corta vida, redactó un documento con el prometedor título de *The German Character* para dar reglas de conducta en la futura ocupación<sup>142</sup>. Según el militar inglés, los alemanes se caracterizan por una tendencia esquizofrénica que los empuja a los extremos, tal como prueba el nacionalsocialismo: «In Germany everything is carried to extremes. Nazism itself is just an extreme manifestation of the German Character». En contraste con su gran desarrollo técnico, económico y organizativo, políticamente han sido uno de los pueblos más retrasados. Debido a su posición central en el continente no pertenecen propiamente ni a la civilización occidental ni a la oriental, representan un «prusianismo» originario que actualmente abarca a todos los alemanes. Su valor físico va unido a un respeto a la autoridad y a una falta de valor moral que explica muchas cosas: «It is for these reasons that revolutionary movements are very rare in German history, and that blind obedience is not only demanded but willingly offered». Gran parte de sus complejos se deben a la «late emergence of Germany as a Nation». No interesa aquí detallar las reglas de conducta para con los alemanes que el brigadier deduce de esta descripción, forman parte de un tema que excede el marco de este artículo, el tema de la gradual y trabajosa transformación de la imagen de Alemania en los últimos años. Todavía durante mucho tiempo, y hasta hace relativamente poco Alemania siguió siendo una nación cuya imagen presente incorporaba más dimensiones del pasado que del futuro. Para algunos todavía sigue siendo así. Pero hay una dimensión definitivamente olvidada, la de la Alemania evocada al principio de este artículo y que Heine definió en 1844, cuando atribuyó a franceses y rusos el dominio del continente y a los británicos el del mar, dejando en cambio para sus compatriotas «el etéreo reino del sueño»...

Franzossen und Russen gehört das Land  
Das Meer gehört den Briten.  
Wir aber besitzen im Luftreich des Traums  
die Herrschaft unbestritten<sup>143</sup>.

<sup>142</sup> Sobre la «Control Comission for Germany (British element)» y van Cutsen: Ulrich REUSCH, «Die Londoner Institutionen der britische Deutschlandpolitik» en *Historisches Jahrbuch*, 1983, n.º 100, pp. 374 y ss.

<sup>143</sup> H. HEINE, *Deutschland-Ein Wintermärchen, Sämtliche Schriften*, v. 7, München, 1976, p. 592.